

Dios habla en la Soledad

Dios habla en la Soledad

Diálogos sobre la Vida Espiritual

Dios habla en la Soledad

Diálogos sobre la Vida
Espiritual

Esteban de Emaús
y otros Monjes Urbanos

Diálogos sobre la Vida Espiritual

Rovetto Mario Héctor
© Derechos Reservados
Córdoba - Argentina

ÍNDICE

Introducción	5
Prólogo de Fray Alberto E. Justo	7
<i>DIÁLOGOS:</i>	
Afirmar a Cristo	11
La actitud necesaria	17
Ego y ascesis	29
La virgen y el silencio interior	37
Ayuno soberbia y conversión	45
Un rato de quietud	55
Orar siempre	59
La existencia de Dios y la belleza	67
Entre la fe y la razón	73
En línea con su voluntad	83
De visita en las ermitas	89
Sermón a los aspirantes sobre la unción y la reverencia.....	93
Sermón sobre la necesidad del Espíritu Santo.....	97
<i>CARTAS.</i>	
Una forma de vencer	101
Fundamentos de la jornada	109
Cómo orar	113
La oración continua	119
Sagrada presencia	123
<i>ANEXOS</i>	
Sobre la Atención I	131
Sobre la Atención II	133
Sobre la Atención III	135

Diálogos sobre la Vida Espiritual

INTRODUCCIÓN

El diálogo es una forma pedagógica muy utilizada en los primeros tiempos del cristianismo. Mediante preguntas y respuestas, el discípulo iba entrando en la sabiduría del maestro espiritual.

Recogiendo esta forma tan querida de los primeros *Padres del desierto*, el Hermano Esteban de Emaús nos presenta el camino espiritual de un joven novicio, en el que estamos representados cada uno de nosotros, que pregunta y muestra sus dudas al maestro espiritual con el deseo de empezar, adentrarse y subir en el camino de la vida contemplativa.

Por eso, sus conversaciones ante el fuego de la chimenea, ante el ícono, en el frío de la celda del maestro... o mediante extractos de cartas personales, tratan los variados temas que les asaltan a los que empiezan en el

camino espiritual: cómo empezar a orar, cómo vencer las distracciones, qué papel tiene la ascesis en la vida espiritual, qué hacer con las dudas sobre la propia vocación y sobre la fe, etc. Todo un variado conjunto de escollos y explicaciones que llevan la paz al principiante y animan al que ya ha pasado las primeras estancias del castillo interior, en expresión de *Santa Teresa*.

Priman en el libro la realidad de las situaciones y la claridad en las respuestas, como expresión de que se habla de lo que se vive.

No dudamos de que este libro puede ser una ayuda muy eficaz y un acicate para todos los que no se atreven a comenzar el camino de la oración o, una vez empezado, dudan si seguir por él, ante las dificultades que se presentan.

PRÓLOGO

Es frecuente que la sola mención de la “soledad” produzca un cierto temor y un no menor rechazo, quizá porque, por ahora, se acentúan demasiado otros valores y otras situaciones en la vida humana.

Pero aquí no intentamos reivindicar ni defender o recomendar un determinado género de vida, sino señalar una “realidad” y hasta una “vocación”, precisamente como ámbito propio de esta vida humana.

Tarde o temprano, descúbrese una “apertura”, un deseo de amplitud y de libertad que no se satisface adecuadamente en este mundo. Un “impulso” interior, una llama encendida, que empuja hacia más allá y descubre en el alma la vocación o la trascendencia.

Alguien ha hablado de un

“sentimiento” oceánico, de los horizontes de un mar sin confines que parece poseer un estrecho parentesco con la interioridad del alma. O, mejor, que el alma se descubre, se tantea, en la belleza de un paisaje, que siempre continúa más lejos (o más cerca), más aquí o más allá.

Entonces descubrimos el desierto... El camino que trazamos va ahondando en el misterio de la vida hasta pasar más allá de cualquier imagen, precisamente porque el desierto señala la trascendencia y la superación de imágenes.

Camino insuperable, este del corazón. A pesar de las tormentas no lo abandonamos. Seguimos, como el profeta Elías, porque aún hay mucho que andar. Pero, como los antiguos maestros, sabemos que quien se puso en camino, de alguna manera, ya llegó a su destino.

Es la “*Ermita Interior*” la que hallamos edificada como un templo por la misma mano de Dios.

Él quiere habitar allí, en el “secreto”, en esa dichosa intimidad de la que nada ni nadie nos puede apartar.

Es verdad que hay muchos llamados al desierto y a la soledad en los rumbos de este mundo y de su geografía. Es verdad que existen parajes que favorecen la contemplación y el silencio...

Pero, ¿cómo reconocer ese único desierto si no estuviera ya presente en nuestro corazón? ¿Cómo descubrir la soledad y el silencio si no fueran realidades escondidas, anteriores a su existencia y manifestación exterior?

Cuando seguimos y vamos dejando detrás las cargas que dificultan nuestros pasos, cuando vamos liberándonos de tanto equipaje; entonces *en la profundidad de la noche* se perciben las primeras claridades de la aurora, esos “levantes de la aurora” como decía San Juan de la Cruz.

Pues aquí, antes que nada, se invita a volver al corazón y a descubrir la vida profunda en el desierto de nuestra

alma. Múltiples son los “modos” de la vida solitaria, aunque preferimos decir que “carece de modos”.

Quizá nadie se “entere” de esa soledad...

Porque, el misterio del desierto ¿quién puede penetrarlo? ¿Quién se atreve a comprenderlo?

El desierto puede ser adivinado, entrevisto, sospechado... Es demasiado íntimo para desgajarlo y exponerlo delante de los ojos ávidos y curiosos.

Todos, de alguna manera, estamos llamados a despertar a la ciencia de la soledad. La vida de los antiguos Padres del Desierto puede ser ejemplar y prototípica. La especial luminosidad de tales íconos resulta ser un magisterio de la santidad.

Hallarnos, pues, dos géneros de solitarios o eremitas: los que profesando esta vida se retiran físicamente a un desierto material y los que han descubierto la ermita secreta y habitan en ella, lejos del mundo.

No cabe duda que lo que podríamos llamar la “espiritualidad del desierto” es la savia permanente que vivifica toda existencia religiosa.

Los textos que siguen muestran con claridad que esta espiritualidad sigue viva y vigente hoy aún en medio de lo desacralizado.

FR. ALBERTO E. JUSTO, O.P.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

Sobre la 2ª edición

En esta segunda edición, se han corregido algunas imperfecciones de la primera, debidas en general, a la transcripción literal sintáctica desde la estructura de un web con formato de blog; que fue el medio en el que primero se publicaron estos textos. (2009 - Hesiquía blog)

Se han modificado también algunos títulos y textos respecto de la versión en papel que publicó editorial Narcea en 2010.

Hemos agregado el capítulo “Sagrada presencia” que venía a completar dos capítulos anteriores. Finalmente hemos agregado tres anexos sobre *la atención*, que consideramos particularmente relevantes, siendo que su autor la considera aptitud imprescindible para el crecimiento espiritual.

Se encuentra en preparación actualmente en nuestra editorial el **“Manual de la oración de Jesús”**, con todos los textos publicados e inéditos de Esteban de Emaús hasta la fecha.

Los editores

AFIRMAR A CRISTO

Nunca sospeché, en aquel momento, que la sencilla prueba que me planteó el que luego conocería como Padre Vasily, iba a transformar mi vida por completo.

Compartíamos los duros asientos de la clase turista del tren. Las doce horas que estuvimos juntos en medio de la incomodidad y el ruido fueron decisivas para mí, un regalo el que me apercibí después, con el paso del tiempo.

Pero eso será tema de otro escrito; el de ahora versa sobre la afirmación o la negación de Cristo y de la pequeña prueba que me sugirió el monje para realizar en la vida cotidiana.

Se trataba de empezar a llevar una cruz colgada al cuello a toda hora. Ése era el asunto. Debía ser una cruz un poco más grande que lo habitual, un

poquito más voluminosa que las que están de moda, casi como la que usan los obispos. El tema era que se notara, que no quedara desapercibida.

_ ¿Y eso es todo?

_ Sí, eso es todo; pero debes llevarla en todo lugar y en toda circunstancia, excepto para dormir, claro está. Cuando te acuestes puedes sostenerla en una mano, suavemente.

_ Eso me parece sencillo.

_ Entonces no te resultará difícil hacerlo, me dijo risueño el monje.

Pero tuve enormes dificultades. Mientras luchaba en la vida cotidiana para no fallar a la promesa, me imaginaba al ermitaño riendo, sabiendo las resistencias que iba a enfrentar. Lo primero fue el temor al qué dirán, el espanto a que me creyeran “un loco religioso”.

La primera oportunidad de negar a Cristo fue con los más cercanos. Nadie me dijo nada, pero se notaba que miraban la cruz de reajo y que les

sorprendía. Tenían una cara de preguntar: ¿Y a éste que le pasa? Pude advertir entonces cómo le importaba a mi ego la mirada ajena, lo que opinaban de mí.

Pero me acordaba del apóstol Pedro negando al Señor para salvar la vida y no pude permitirme hacer lo mismo sólo para sostener una opinión con los conocidos.

Agradecí tiempo después la situación, porque tuve la oportunidad de decirle que sí a Cristo cada vez que reprimía el impulso de guardarme la cruz bajo el abrigo, metiéndola apresurado por el cuello ante la perspectiva de un nuevo encuentro con alguien.

El segundo enemigo se manifestó a través de la moda o, mejor dicho, de lo que se supone que entona o desentona. Nunca presté particular atención a la vestimenta, pero siempre procuré no hacer el ridículo.

Sin embargo, llevar la cruz sobre la ropa deportiva o sobre el atuendo de

trabajo, quedaba en ocasiones muy fuera de lugar.

Me di cuenta entonces de que yo juzgaba duramente a la gente que se vestía de forma desentonada, porque en el temor que padecí al juicio ajeno, no pude sino ver la proyección de mis propias opiniones.

Recordé el *“con la vara que midáis seréis medidos”* y agradecí la enseñanza que esta nueva comprensión me brindaba.

Y esto del “fuera de tono” resultó muy interesante porque lo discordante no solo estaba en relación al atuendo sino también respecto de las situaciones.

Muchas veces, la “lógica” venía a suplicarme que ocultara la cruz, que el desafío del monje no incluía llevarla expuesta en todas las situaciones, que ya había aprendido lo que tenía que aprender y que fuera razonable, no fuera yo a cometer un exceso.

Pero un sentimiento que iba

creciendo paulatinamente en mí, me decía que *Cristo es el símbolo del sentido de la vida y que ese sentido debería abarcar todos los escenarios posibles o no sería tal*. Así es que o llevaba a Cristo conmigo también en esa circunstancia o no tenía sentido acudir a ella.

Tiempo atrás me diría el hermano Vasily:

- La cuestión es por qué razón debes ir a ese lugar donde no es pertinente llevar una cruz al cuello. ¿Qué haces allí? ¿No es pertinente que lleves una cruz al cuello? Entonces no es adecuado que vayas allí. Cualquier justificación que surja nacerá de tu tibieza o de tu falta de fe en que siendo coherente con el Señor se puede vivir bien.

Como siempre, él tenía razón. No debía adaptar mi atuendo a las circunstancias, sino mi vida a la fe en Jesucristo.

Aunque concluí que a ciertos lugares no asistiría, hube de estar atento para no cancelar encuentros pactados en mi agenda. Así que durante bastante

tiempo seguí acudiendo a los compromisos asumidos, no fuera a ser que llevando la cruz al cuello me quedara encerrado para no exponerla. Ese no es el trato, me decía a veces la imagen del monje en mi interior.

Esto de llevar una cruz grande colgada en el pecho, fue también una ayuda para evitar conductas y actitudes que me llevarían lejos del Espíritu.

En medio del ajetreo de la ciudad, los instintos están estimulados a cada paso y cuando querían surgir ávidas las miradas, se refrenaban porque llevaba la cruz, que resultó un eficaz recordatorio del propósito de mi vida. Así es que o me guardaba la cruz dejando que mis sentidos fueran como hoja llevada por el viento o continuaba concentrado en la oración.

Otro reto muy interesante fueron los encuentros con antiguos conocidos, con esas personas que hacía años que no veía y que me conocían de otra época, cuando era distinto en creencias,

costumbres y actitudes.

Esos sí que fueron “golpes” para mi imagen. Porque algunos no podían reprimir la expresión de sorpresa, como si dijeran: “¡Quién te ha visto y quién te ve!”, y con razón lo pensaban. Porque quien me ha conocido no puede creer que ahora ande yo con una cruz al cuello, asistiendo a misa, relacionado con monjes y visitando monasterios.

Hubo también algunos que me dijeron: “Se te veía venir” queriendo decir que ellos ya notaban mi tendencia hacia el cristianismo y lo monástico, en momentos donde ni yo hubiera creído posible mi conversión.

En muy contadas ocasiones, llevar la cruz expuesta suscitó una alusión al tema provocando charlas que no hubiera sostenido de otra manera.

Este tener que abordar al pasado a través de esos encuentros fue muy pedagógico; me enseñó mucho acerca del escribir derecho con renglones torcidos que utiliza la gracia y del

famoso y verídico dicho de que “*no hay mal que por bien no venga*”.

Me ha sucedido ver cada momento y etapa de la vida como el necesario paso para la comprensión que ahora tengo y descubrir en aquella ilusión o en esa penuria los maestros imprescindibles de la enseñanza actual, impensada entonces.

Por eso, al ser interpelado por antiguos compañeros, no puedo sino manifestar que sufro una pasión involuntaria por Cristo. Y digo involuntaria porque nada he hecho para vivirla.

Recuerdo que una vez leía yo un material muy erudito de un italiano versado en cultura antigua, aunque químico de profesión; en ese texto se hablaba de los antiguos monjes y eremitas. Se intentaba probar el origen no divino de Cristo; todo el trasfondo del escritor denotaba una ideología en las antípodas del cristianismo, ideología a la que se adhería de manera manifiesta desde el título del pequeño

ensayo.

Curiosamente, esta lectura hizo avivar en mi corazón ciertos rescoldos, que creía muertos desde la primera juventud. De tal manera, que debido a una cita por aquí, a una mención por allá, una referencia en algún otro texto y terminé con los "*Relatos de un peregrino ruso*" en las manos. Esta lectura fue decisiva para mi cambio interior; el icono de la portada me llamó irresistiblemente, a través de la belleza que percibía en él.

Habiendo leído el librito varias veces, lo tenía en el cajón y cada vez que buscaba algo me topaba con el icono en la tapa del librito. No sé si fue la mirada desnuda y franca o la postura calma y sencilla o los colores tan bien combinados, pero empecé a notar el deseo de hacer de ese icono mi bandera y de su Santo Nombre mi refugio.

Veinte años de adoctrinamiento antropocéntrico cayeron en un segundo y al instante siguiente estaba yo de camino, retornando a la casa del

Padre, a gran distancia todavía, pero con la dirección cambiada.

“Los caminos del Señor son inescrutables”, sin duda. Porque si hay algo que puedo afirmar con certeza es que algo me ha cambiado sin saber yo cómo y que ese cambio es simplemente estar tranquilo, más saciado con poco y más confiado y entregado a un amor extraño e ilógico, cargado de matices, que me hace andar contento, orgulloso de tener por Señor a Jesucristo.

LA ACTITUD NECESARIA

Cuando el Prior golpeó despacio la puerta de la celda, sentí, en el sobresalto del corazón, que la respuesta había sido positiva.

El recluso, célebre por su aislamiento casi total, su santidad y sabiduría, aceptó verlo apenas leyó la breve nota que el joven le hizo llegar.

Esto sorprendió al monje que servía de correo con la ermita, pero más al novicio que había efectuado la petición casi sin esperanza, confiado en una suerte que juzgaba remota.

Sin embargo, mientras pasaban los días fue cambiando su percepción interna, le fue creciendo la fe en que sería posible un encuentro con el sabio. Lo acompañaría el Prior, que molesto por lo que había conseguido el muchacho, apenas disimulaba su tensión. Faltaban dos días para el

encuentro y el novicio decidió ayunar y aumentar el tiempo dedicado a la oración.

Lo preocupaba haberse atrevido a gestionar semejante encuentro, algo que muy pocos habían logrado, incluso con décadas de vida monástica. Se refugiaba en el hecho de que la idea le sobrevino durante una oración intensa, sentida y profunda en la que le pidió al Señor que sucediera sólo lo que fuera de utilidad para todos. Repetía con más fuerza la Oración de Jesús al verse objeto de la murmuración ajena.

Al llegar el día señalado, aunque pensó que se sentiría eufórico, lo molestaba el hambre y un ligero temblor que le hizo recordar los momentos previos a los exámenes del Instituto. Mientras todos iban hacia maitines, él junto al Prior tomaron el sendero que conducía al eremitorio. La madrugada estaba fría, había neblina y el rumor del río era más fuerte que lo habitual, lo que quizás anticipaba una crecida del cauce desde las sierras.

Hacía una hora que caminaban despacio cuando llegaron a la ermita del Hermano Vasily. A través del pequeño ventanuco elevado que hacía las veces de chimenea, pudieron percibir el resplandor de la vela, que después vio frente a los iconos. El Prior le lanzó una última mirada que el joven se imaginó crítica y golpeó la puerta de madera.

¿Quién es? se oyó preguntar al monje Vasily como sonriendo.

_El Prior Guillermo, hermano, le traigo a un novicio que usted aceptó entrevistar.

Pase primero usted dijo el viejo abriendo la puerta.

El novicio se quedó solo, de cara a la noche y a la bruma, que no se veía, pero que se sentía en la nariz, húmeda al respirar. Tuvo la certeza de que el santo estaba apaciguando el orgullo del Prior y, en cierto sentido, cumpliendo una labor que nacía de la oración.

En todo caso, confiaba en Vasily y si

él hacía eso por algo sería. Se puso a orar concentradamente, tratando de encontrar el lugar del corazón, pero cuando empezó a amanecer se preguntó si no era su orgullo el que estaba siendo “trabajado” por el eremita. Justo en ese instante, salió el Prior, sereno y algo más contento; con un ademán, lo hizo pasar a la pequeña cabaña.

Ya dentro, se inclinó ante el viejo, que le dio un bastonazo en la cabeza, doloroso, firme. Miró incrédulo al ermitaño que le dijo en voz alta:

_¿Ante quién te inclinas?

Ante usted hermano, lo respeto y le pido su bendición... balbuceó tratando de salir del paso.

¿No ves allí el icono de nuestro salvador Jesucristo? dijo señalando un hermoso Pantocrator con los colores de la tradición oriental, iluminado por una vela, sobre un tronco rústico y seco, que al parecer constituía el oratorio del recluso_ ¿Lo ves?_ insistió.

_Sí hermano, lo veo.

_¿No te parece que merece más respeto que yo, miserable pecador?

_Sí hermano, pero no lo vi, primero lo vi a usted.

Unas carcajadas frescas y espontáneas, surgieron del monje, que disfrutaba de la situación.

¿Lo ves? Ya te estás justificando, con lo cual señalas lo equivocado que estuve al reprenderte sin saber cómo eran las cosas realmente dijo en un tono que el joven no supo interpretar si era de ironía o simple descripción de lo acontecido.

_No sé, Padre... disculpe.

Ahora yo no sé de qué te puedo servir y aconsejar, si apenas entrado ya me equivoco contigo digo simulando pesadumbre de manera notoria_. Se ve que muchas luces no tengo. Además vienes buscando un Padre y yo solo soy un hermano.

El joven sintió un escalofrío y se dio cuenta de que Vasily había empezado

con él un proceso que no sabía cómo iba a terminar. Pese a ello, los ojos risueños del santo lo distendían y, recordando que era él mismo quien se había buscado la situación, se entregó mansamente.

Yo tengo derecho a creer de ti lo que quiera y tú tienes derecho a creer de mí lo que quieras dijo despacio. Y continuó_ ni lo uno ni lo otro importa un camino.

Y siguió riéndose suave pero natural, de una manera que no resultaba ofensiva. El novicio también se rió bajito, relajándose un poco más.

Ven hermano le dijo tomándolo de un brazo_ arrodillémonos ante el icono de Aquel por el cual se nos concede lo que pedimos.

Juntos, mirando el icono, más hermoso todavía a la luz de la llama vacilante, permanecieron callados. El joven sintió crecer en él una devoción cálida, acogedora y salvífica. A veces, miraba de reojo al hermano Vasily, que estaba extático mirando la imagen. Al

rato se puso de pie y poniendo un jarro con agua al fuego le dijo:

_Tomaremos un café y charlaremos. Señaló un tronco junto al fuego y se sentó. Parecía haber cambiado completamente de talante. Seguía jovial y atento, pero estaba como un doctor y parecía recién bañado. Hubiera pasado en ese momento por un conferenciante de cualquier universidad si no fuera por el hábito gastado y raído en los bordes o por la barba demasiado larga.

El novicio pensó que el Hermano Vasily se parecía mucho a un grabado de Dostoievski que había visto en la contracubierta de *Crimen y castigo*. Alcanzándole una hogaza de pan, blando y calentito, junto a un tarrito con café negro y fuerte, el anacoreta inició un diálogo que, después de muchos años, aún recuerda.

_¿Para qué querías verme?

_Tengo conflictos que no puedo resolver.

_¿Por qué te parece que tus conflictos son causa suficiente para que yo rompa mi silencio y distraiga mis oraciones, saliendo de mi reclusión?

No sé, fue un impulso fuerte, no sé si es suficiente contestó sintiendo que todo se le derrumbaba nuevamente.

_Creo que no te sueltas ante mí y de esa manera no podemos relacionarnos de verdad, sino a través de traducciones y deformaciones de la verdad interna. Es necesario que te desnudes completamente, que confíes de modo total y absoluto; de otra manera no servirá.

Mi compromiso es permanecer vacío y abandonado para que el Espíritu Santo pase si quiere pasar a través de mí, y nos ilumine para resolver tus conflictos. Pero el Espíritu no pasará si queremos aparentar, justificarnos, quedar bien, obtener esto o aquello... el Espíritu pasa a través de uno cuando uno no está.

¡Gracias, hermano! dijo el joven emocionado_ eso haré, hablaré ante

usted sin limitarme en nada.

_No necesariamente hay que hablar; eso descargará tus tensiones pero no implica abandono ni entrega. En varias ocasiones, estando todavía en el monasterio, tuve oportunidad de lavar el cadáver de algún hermano fallecido, ayudando o asistiendo a quién se encargaba de esas formalidades. Pude comprobar, sobre todo si la muerte era reciente, antes del endurecimiento de los tejidos, una extraordinaria laxitud, una tremenda distensión. Movíamos el cadáver para un lado y para otro, levantábamos un brazo, una pierna y lo lavábamos con gran libertad, la libertad total que nos daba el cadáver, por completo desinteresado de nuestras manipulaciones. Me ayudó mucho tener que ejecutar esta tarea porque aprendí sobre el abandono que hay que tener ante la gracia, ante lo que el Espíritu quiere hacer de nosotros. Me acuerdo que el primer cadáver que me tocó lavar era el de un cuerpo que había estado ocupado por un hermano

muy hosco, agrio, de maneras muy severas; a mí me llamó la atención lo dócil y blando que se encontraba el cuerpo, no se parecía en nada al aspecto que tenía cuando estaba inervado por el alma del hermano fallecido_.

El joven novicio sintió que una cosa era lo que se le estaba diciendo y otra lo que en realidad estaba aprendiendo, incorporándolo como enseñanza de vida, desde una fuente de sabiduría real.

Dando un sorbo largo al café, Vasily le miró con extrema atención y simpatía, con afecto y, a la vez, con muda interrogación.

_Pero, hermano, cómo diferenciar, porque no sé a veces, si me entrego a Dios o al demonio. He tenido impulsos que me han parecido buenos y luego han resultado equivocados, nocivos.

_Ése es quizás el tema más interesante que se puede tocar. Dime con más detalle, cuéntame más.

_Me siento llamado a la contemplativo, al silencio y a la soledad, al monasterio o incluso a una vida de austeridad y desierto como la suya, pero también me siento impulsado al servicio en el mundo, a misionar, a sumergirme entre los pobres como el Hermano Carlos de Foucauld o la Madre Teresa.

_Éste es un conflicto habitual, una lucha entre partes que no debe preocuparte, se resolverá con el tiempo; ambas son formas de servir al Señor. Yo estoy seguro de que no es eso lo que te preocupa realmente, hay más debajo de las hojas.

_Sí, he tenido fantasías, visiones quizás, donde me veo produciendo cambios, revolucionando cosas... en la misma Iglesia; no sé si es soberbia, locura o si es algo que realmente viene del Señor.

_¿Cómo te ves haciendo esos cambios, en que situación?

_... no me atrevo Padre.

_Ya te dije que no soy Padre todavía.

_Pero quisiera que lo fuera. Yo necesito guía cercana, alguien a quien someterme, hacer sólo lo que ese alguien me diga.

_Tienes quién te guíe. ¿Acaso no tienes una regla de vida que seguir? ¿Acaso no estás bajo la tutela del maestro de novicios? Pero no te es suficiente ¿verdad? No lo consideras la suficientemente sabio como para guiarte ¿verdad?

Con la mirada baja, algo avergonzado y dubitativo, el joven contestó: _Perdóneme, hermano, no debí molestarlo.

_Te imaginas cierto futuro que no te atreves a manifestar. Te ves haciendo un papel en el drama de la Iglesia que te seduce y que deseas pero que temes sea fruto de la más tremenda soberbia.

El joven levantó la vista sorprendido de la videncia interior del solitario.

_Yo te digo que si eso lo que el Señor ha elegido para tu vida, sólo debes

permanecer tranquilo y profundizar la oración y la humildad para hacer lo que te dicen. Si ese futuro que ves es real, lo será. Nada debes hacer para lograrlo. En todo caso, procura hacerte más puro, limpiar el corazón de apetencias, acercarte a la dignidad del sueño.

Vasily se levantó despacio y agarrando con su mano derecha la cruz tosca que le colgaba del pecho, fue hacia la puerta y salió cerrándola tras de sí. El novicio quedó solo con los iconos y con su corazón que le latía muy fuerte en el pecho. Había sentido lo que dijo el anciano como una confirmación de su destino y esto lo desequilibraba muchísimo. ¡Qué difícil le resultaría seguir sus consejos! Se preguntó si el encuentro había terminado porque no había pasado ni media hora de charla. En eso llegó el monje que dijo: _El Prior se ha ido. Me ha dicho que te puedes quedar dos días en esta soledad para que reflexiones y charlemos.

Se alegró pero contuvo su manifestación. Sólo agradeció y se llamó a silencio. Por dentro agradecía la oportunidad que el Señor le ofrecía y como hacía en cada momento de ansiedad, comenzó a repetir la Oración de Jesús.

_Debes reencontrarte con lo que te trajo hasta aquí, con lo que te hizo animarte a pedir la entrevista conmigo. Tienes que sentirte libre. Yo no sé qué te han dicho de mí, o lo que te has creído. Pero no me siento superior a nadie, ni con capacidad para juzgarte. Puedes hablar lo que quieras que nada saldrá de mí boca jamás; todo quedará entre el Señor que todo lo ve y nosotros dos.

El aprendiz se sintió bien y decidió atreverse. Además, le quedó claro que el monje era capaz de leerle la mente cuando se lo proponía. Invocó la asistencia del Espíritu pidió perdón por anticipado y dijo:

_Déjeme decirle Padre porque así lo siento. Padre, yo creo que hay que

cambiar muchas cosas en la Iglesia y en el mundo. Pero creo que la Iglesia podría cambiar al mundo y no lo hace por la tibieza de quienes la gobiernan.

El ermitaño se había relajado y permanecía con la espalda derecha y la cabeza inclinada como aguzando el oído hacia el novicio, con las piernas en postura de semiloto sobre el piso y las manos descansando en las rodillas.

_Yo creo que podemos hacer algo más que emitir declaraciones pidiendo la paz en medio Oriente o que podríamos ser más eficaces en África. Creo que hemos aceptado que no podemos cambiar los hechos.

_¿Te refieres al Santo Padre?

_Bueno, él podría hacer algo más.

Si tú fueses Papa, ¿qué harías? dijo el ermitaño tocando un tema sensible al novicio.

_La verdad es que he tenido ese ensueño, esa fantasía de lo que haría yo en esa situación. ¡Que Dios me perdone! Yo iría como escudo humano,

no sé bien... me interpondría entre los bandos. Lo anunciaría y lo haría; pediría la paz ante las cámaras en medio del frente de conflicto, pediría que dejaran vivir a los niños, que cesara la guerra. Lo haría de manera cinematográfica, astuta, para que impactara en todo el mundo. ¿Usted cree que les resultaría fácil matar al Papa ante las cámaras? Disculpe si soy ingenuo o soberbio pero ésta es mi humilde verdad.

Me parece que es la verdad, pero de humilde no tiene nada dijo riendo fuerte Vasily_ . Quizás no podría evitarse que lo mataran. ¿Y si alguien entre sus filas dispara y da en el blanco?

_Yo confiaría en la Providencia. Asumiría que lo que me fuera a suceder me lo manda el Señor.

_Entonces puedes ir asumiendo eso desde ahora. ¿No crees que todo te lo manda el Señor?

_A veces sí y a veces no.

_En un sentido general todo nos viene de Él, porque toda nuestra existencia deriva de su poder creador. Pero más particularmente podemos diferenciar dependiendo de donde surja. O sea que si lo que vas a hacer es bueno para ti y para los demás, no hay dudas de que viene de Él. Pero debe resultar fluido y libre de violencia. Si lo que vas a hacer involucra violencia es sabido de donde viene. Y eso incluye también la violencia que te ejerces a ti mismo. Lo forzado es violencia. Pero sigue contándome...

_A los jefes de estado católicos que inician guerras, yo les diría que están desoyendo el mandato de Jesucristo. Los exhortaría a resolver el conflicto por otros medios y no lo reconocería como parte de la Iglesia si persistieran en su actitud. La guerra es asesinato, es un crimen y debe detenerse. Hemos aceptado la guerra como parte de la vida y eso no tiene por qué continuar.

El ermitaño repetía el nombre de Jesucristo de manera continua con su

mente y en su corazón. Escuchaba con atención las palabras de sus interlocutores ocasionales, pero eran como un fondo tenue; el verdadero sonido era la oración permanente.

En esa paz podía ocurrir que se sucedieran frases o convicciones repentinas a las que sentía como fruto del Espíritu y así las expresaba. Con el novicio le había acontecido algo especial. Cuando recibió su petición, su corazón se aceleró y ahora, al conocerlo y escucharlo, se sentía viviendo algo especialmente sagrado, como nimbado de una aura particular. Sin atreverse a indagar en el motivo de esas sensaciones, continuaba orando y confiaba en que cumpliría su papel con fidelidad.

Ya estamos hablando de lo que harás cuando seas pontífice y aún no profesas como monje... dijo sonriendo Vasily.

_Sí, Padre, me avergüenzo.

_No te avergüences, hijo. Ojalá todos tuvieran esos ideales juveniles.

Suponte que sean eso, ideales. Déjate guiar por ellos. Si son algo más, el Señor lo sabrá y te lo hará saber. El verdadero tema, es que seas en tu hoy, en tu presente, coherente con ellos. Quiero decir, que no entres en guerra con nadie, que te interpongas entre tus hermanos que disputan, que sigas a rajatabla la palabra de Jesús... Actúa hoy como quieres que actúe la Iglesia. Sigue lo que te parezca fiel a la enseñanza.

—¿Y usted cree que si hago eso voy a durar en el monasterio?

—Ah, no lo sé, pero no es el tema; el asunto es que seas fiel a lo que tu conciencia te dicta, que suele ser lo que habla el corazón. Antes de actuar debes revisar lo que harás a la luz de lo que enseñó Cristo. Ése es el camino simple y certero para discernir de dónde viene un impulso.

—Entiendo. Padre ¿no cree que se podría dividir a los sacerdotes en célibes y casados, aceptando a quien no puede renunciar del todo?

_Importa lo que tú creas porque eres a quien el tema afecta.

_Yo creo que la Iglesia renacería. Si una mujer fue digna de llevar en su seno al Salvador del mundo, ¿no podrían ser dignas de officiar la Eucaristía?

Siguieron charlando un buen rato, pero siempre así, el joven afirmando y el monje aceptando, remitiendo a lo que el joven creía, llevándolo de nuevo cada vez a sus propias intenciones.

Poco a poco las sensaciones del novicio se hicieron contradictorias y se fue silenciando en la búsqueda de claridad.

Pasaron un rato largo callados, pero en un clima de comprensión, como de oración. Las aves hacía tiempo que entonaban sus trinos y algunas de ellas, sin duda habitadas, entraban a la ermita por el ventanuco y picoteaban en los estantes y en el piso los restos imperceptibles de comida.

Cuando se reanudó el diálogo, el

Hermano Vasily miraba desde otra mirada, sus ojos tenían un fulgor extraño y sus palabras parecían por completo diferentes, cargadas de otro valor y con otra vibración.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

EGO Y ASCESIS

Me fui despertando de a poco. Lentamente me di cuenta que estaba en la ermita del hermano Vasily, que era la primera vez que dormía allí y que no sabía la hora que era.

Concluí que era todavía noche cerrada, no se escuchaba cantar a las aves. Mi cuerpo estaba dolorido en la zona de las costillas por la dureza del piso. Una colcha bajo mi cuerpo cumplió la función de cama y sirvió para evitar que el frío me calara los huesos.

Mi maestro estaba en una esquina de la ermita, junto a los iconos. miraba fijo la figura del Salvador. Lo iluminaba una vela. Se encontraba arrodillado, descansando sus glúteos sobre los talones, los pies laxos y estirados; me pareció relajado, símil de la actitud de abandono de la que tanto hablan los

místicos, de todas las épocas. En el semisueño en que me encontraba, me pareció que en esa postura debió haber estado la Virgen cuando dijo *Sí* ante el Ángel del Señor.

Me acerqué hacia el hueco que hacía las veces de hogar y entibié mis manos con algunos rescoldos que persistían. El reloj marcaba las 4:15 y a través del ventanuco escuché silbar al viento, que moderado, se filtraba por la rendijas haciendo música al pasar hiriendo las agujas de los pinos.

Vasily giró la cabeza y me sonrió. Me sentí despierto y reconfortado, como si su dicha me contagiara. Sin decir palabra me vestí y me arrodillé cerca.

Padre nuestro ... dijo y como permaneciera en silencio, repetí: *Padre nuestro... que estás en los cielos...* continuó y yo volví a repetir... *que estás en los cielos...* y de ese modo, lentamente, recé el “Padre Nuestro” más sentido que recuerdo. El significado interno de cada frase se me presentaba certero en el corazón e

iluminaba mi intelecto, comprendí porque era propiamente la oración que nos había enseñado Jesucristo y la completitud que tenía.

Después me obligué a permanecer quieto sin perturbarlo, decidido a estarme allí junto a él el tiempo que fuera preciso. Solo se escuchaba el viento y mi respiración, el mundo respiraba y yo respiraba, el mundo vivía y yo vivía, pero el ermitaño sin emitir sonido alguno, atestiguaba; se me presentaba como más allá y más acá del espacio que ocupábamos el mundo y yo.

Respiré espontáneamente más profundo y suave, cada espiración se prologaba distensa equivaliendo a la inspiración que me relajaba y nutría como nunca antes. No se cuánto tiempo pasó, pero había amanecido cuando se levantó y encaminándose a la laguna me instó a seguirlo.

Del agua se desprendía abundante vapor, el viento había cesado y ahora sí, los pájaros se hacían notar. Detrás

de una piedra grande junto a la orilla, sacó un jarro y una bolsita...

_¿Querés tomar un poco de té?

_Si Padre, como no - dije agradecido.

_Hasta cuando me vas a seguir llamando Padre? insistió como otras veces.

_Es que me resulta natural. ¿Cuál es el problema?

_Bueno... Mateo 23, del versículo 8 al 12: *"Vosotros, en cambio, no os dejéis llamar -Rabbi -, pues vuestro maestro es uno solo y vosotros todos sois hermanos; y no os llamaréis - Padre - unos a otros en la tierra, pues vuestro Padre es uno solo, el del cielo; tampoco dejaréis que os llamen - directores - porque vuestro director es uno solo, el Mesías. El más grande de vosotros será servidor vuestro. A quién se encumbra, lo abajarán y a quién se abaja, lo encumbrarán."*

_Nunca tuve esa parte en cuenta... hermano.

_Así está mejor. En todo caso, si me reconoces autoridad, será la que me da

la experiencia en relación a la tuya, en todo caso un hermano más viejo. ¿De acuerdo?

_De acuerdo.

_¿Y de qué quieres que charlemos hoy?

_ Un poco de la ascética necesaria, de la regla de vida que haría falta...

_La ascética es un método de ascensión; una escalera a Dios, a la percepción de Su presencia. Hay distintas escaleras y distintas formas de equivocarse en la forma de subir. A veces uno cree que está subiendo y en realidad está bajando.

Una de las primeras trampas en las que caí, y que suele pasar bastante, es la trampa de la vanagloria. Uno se pone a seguir cierta regla de vida, cierta rutina de oración, ayuno y vigilia, ciertos esfuerzos ascéticos y al poco tiempo siente satisfacción de sí mismo. Uno se alegra de lo que va logrando. Y la alegría no es mala por supuesto, el problema es que esa

alegría viene del ego, del yo psicológico que se ha creído que él va haciendo los progresos. Un modo de decirse... *“¡que extraordinario que soy, lo que voy logrando...!”* ¿Me explico?

El ego se apropia de lo que la gracia dio. El “yo” empieza a tomar nota mental de las “proezas” ascéticas; de las horas de vigilia, de los salmos recitados, de lo poco que se ha comido, de cómo se duerme ahora en el piso en lugar de en la cama mullida y de cualquier otra cosa. El punto es que de ese modo va mejorando la imagen que tiene de sí mismo. Cada vez opino mejor de la clase de persona que soy. Y te digo por experiencia, eso no ayuda a vaciarse para recibir la Sagrada Presencia, sino que uno se hace un bloque impenetrable a toda sugestión del Espíritu.

_¿Por qué hermano?

_Porque la ascesis no es verdadera. Es un hacer para ser. No hago lo que hago, sino para ser yo más importante, más bueno, más santo etc. ¿Qué valor

puede tener cierta privación si es para engordar el ego?

Si te privas de un alimento, si te moderas en la comida, será para alivianar el peso del cuerpo y entonces estar menos embotado, más dispuesto a la vigilia en oración... por ejemplo; si duermes en el piso, abrigado pero inconfortable, será para no pasarte doce horas durmiendo, sino para facilitar el levantarse al horario fijado, para no apoltronarse, para no abrir la puerta a la pereza.

Pero gracias a como Dios hizo las cosas, esa ascesis fracasa rápido. Todo lo forzado fracasa. Si haces oración para engordar el ego, es decir por un motivo ulterior que no se encuentra en la oración misma, una vez que te acostumbras al beneficio te costará sostener lo que te llevó a eso.

Te esfuerzas tres días en orar en la vigilia que te has planteado. El "yo" crece. Comienzas a sentirte fuerte, mejor monje o lo que sea; disfrutas de la sensación que este nuevo "ser" te

reporta. Pero luego de unos días, ya no disfrutas de esta nueva auto imagen, porque te has acostumbrado a ella y mientras tanto, esa vigilia y esa oración te resultarán cada vez más onerosas, más pesadas, porque ya no brindan la compensación del ego inflado.

Por eso, apenas cedes a la pereza o a cualquier costumbre anterior, la imagen se desinfla y el ego cae estrellándose contra el piso. Y de vuelta a empezar. A inflar el ego nuevamente con alguna proeza ascética y así en un ciclo que podría no terminar nunca, a menos que uno se atreva a reconocer ante sí mismo que no le estaba orando a Dios, sino a la propia imagen.

Esa es la ascesis por falsos motivos, que gracias a Dios dura poco; o se abandona la ascesis o se mejoran los motivos.

—¿Aquí encuadraría lo de la represión que me dijo la otra vez hermano?

—Exacto. Una cosa es superar una inclinación a cierto pecado, a cierta tendencia inútil y perjudicial y otra es

reprimir la expresión de la misma. Si solo reprimes, la caída se manifestará a la vuelta de la esquina. Si superas, vuelas por encima, será difícil que se repita; aunque por cierto nunca hay que confiarse demasiado.

Una cosa es estarse luchando contra cierto deseo y otra ya no desear. Este ya no desear, requiere de comprensión, de sentimiento y de gracia. Es un poco más complicado.

Caminamos bordeando la laguna, nuestros pasos crujían sobre las hojas caídas, secas y amarillas. Las coníferas más elevadas recibían algunos rayos del sol que superaban la montaña. A lo lejos, en la costa opuesta, me pareció divisar una pequeña columna de humo. El agua despedía menos vapor y estaba quieta como un espejo perfecto.

_Cuando vivía en el cenobio, me tocó orientar a un novicio, de gran corazón y de genuina intención, que sin embargo arrastraba el vicio de la impureza desde su temprana juventud. El luchaba y luchaba, pero más

temprano que tarde caía nuevamente en el pecado. La tarea primera, fue ayudarlo a comprender que lo que más lamentaba no era el pecado como falta en sí, sino la caída de su ego, que no podía elevarse a las “alturas de la santidad”.

Entonces vino a caer en cuenta, que ese aguijón en su carne le servía para crecer en humildad. Y, por supuesto, no se trataba de que se resignara a ello, sino que se abocara a lo que realmente debía superar. Porque él venía en confesión, pero con el dolor del ego, no con el sentimiento de quién lamenta haberse alejado de lo más querido, esto es, Dios Nuestro Señor.

Luego de que aceptara la cuestión del ego y de que se viera más como un hombre que quería acercarse a Dios, que como un santo inminente, pudimos empezar a comprender la fuga que significaba este vicio en él. Es decir, cuando el caía en la impureza, se estaba fugando en realidad de una sensación desagradable, que lo

acometía al acostarse.

Profundizamos en esa sensación, que era una cierta inquietud, una ansiedad, un no poder estarse tranquilo y cobijado en El Señor, hasta que viniera el sueño. Vimos que esta incomodidad estaba muy relacionada al futuro, en cuanto este era deseado. ¿Y qué era lo que este joven bien intencionado anhelaba del futuro? La santidad.

Pero era un anhelo de grandeza, de engordar el ego, vinculado por supuesto a la vanagloria. Cuando este hermano pudo crecer en la humildad y pudo darse cuenta que quería ser monje por amor a Dios y no para ser “un grande”, se relajaron mucho sus ansiedades y empezó a dormirse más fácilmente y por supuesto a disminuir su necesidad de fugarse.

La sicología básica experimental de los Padres del desierto puede ayudarnos mucho hoy en día a quienes estamos interesados en llegar a la verdad sobre nosotros mismos, como camino hacia Dios.

El reino está en nosotros, dice la escritura, ¿por qué entonces apenas buscamos en nuestro interior, lo primero que encontramos es angustia, inquietud y vacío?

Por desconocimiento, por ignorancia de los mecanismos que rigen nuestra mente. Nos falta autoconocimiento.

Así que por un lado, sigo con el caso de este novicio, hubo que comprender. Luego hubo también que implementar cosas prácticas, que ayudaran a la materia a cambiar el hábito. Porque aunque él comprendía lo que lo había llevado al vicio, había una costumbre del cuerpo a distenderse de cierto modo, que era necesario desarraigar. Él debía aprender a dormirse sin la impureza.

Así que acordamos que iría a ayudar al cocinero a limpiar la cocina y el refectorio. Después de completas, partía a la cocina y se ponía a las órdenes del cocinero, que por cierto no despreciaba la ayuda. Luego, extenuado, pasaba por la capilla y

pedía la gracia de la castidad a Nuestra Señora y recién ahí tenía permitido llegarse a su celda para descansar.

Le fue muy bien. Ya es sacerdote y superó totalmente la aflicción que sufría. Por eso te decía que había que comprender. En este caso, que el enemigo era en realidad la vanagloria, que llenándole de ansiedad la vida se ocultaba bajo afán de santidad. ¿Quién va a criticar el deseo de santidad? Y bueno, por eso era el disfraz perfecto para el ego que anhelaba crecer.

Luego, tuvo que generarse en él un sentimiento de humildad, que vino muy junto a la comprensión. Darse cuenta de que uno nada puede, de que uno nada es y de que *“si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores”*. Finalmente tomar alguna medida práctica que ayude a la intención de cambio.

Así que este ya no desear en vez de luchar contra el deseo, es clave en la superación. Pero te insisto, que lo que el dejó de desear, fue la fama, el pasar a

la historia, el ser un santo para el ego. Entonces dejó de desear dormirse rápido, porque no tenía ya esa preocupación que lo carcomía. Podía arrebujarse, musitando oraciones hasta que lo sorprendía el llamado a maitines. Y esa nueva humildad por cierto fue la que le permitió ir a la cocina, ayudar y todo lo demás.

_El Señor es misericordioso.

_Verdaderamente, se acerca a nuestra miseria. Miseria que deriva de no poder sentir Su presencia. Porque si Él está presente, ¿qué mal temeré? Por eso, la ascesis debe ser un modo de facilitar nuestro acceso a la disposición, a un estado de soltura. Uno no está vacío de sí mismo y por eso no siente al Espíritu que es la presencia de Dios en nuestras vidas.

Y no percibimos la presencia porque estamos llenos de ruido. Son los deseos los que ponen un fondo de ruido a nuestra vida y es tanto el murmullo, que no percibimos al Señor, presente en cada momento de nuestras vidas.

Por eso, muchas veces el dolor, es la herramienta imprescindible para que se silencien los ruidos más fuertes y podamos escuchar Su voz, que es suave como brisa lejana. En mi caso fue así. Si no me estrellaba contra los fracasos una y otra vez, no me iba a silenciar; yo tenía muchos deseos.

Y cuando el fracaso fue total, no tuve más remedio que acudir a remedios totales. Te quiero decir... si Dios no me ayudaba, no iba a poder salir de donde estaba metido... por lo cual, tuve que acudir a Él y no a soluciones humanas porque estas se habían agotado.

Así fue. Por lo cual verás, que la idea de mérito mal podía arraigar en mis progresos, porque fui claramente consciente de que sin esa caída final, nunca me hubiera acercado al Señor. Me acerqué a la posibilidad de escucharlo, no por amor a Él, sino porque no tuve más remedio. Y en ese gemido desesperado, me lo encontré... ¡Qué bueno es El Señor!

El hermano Vasily estaba radiante y

calmo, lo que me parecía rara conjunción, acostumbrado como estaba yo, a la exaltación frenética o a la depresión abyecta. Nos habíamos alejado mucho de la ermita; podía adivinarla más que verla, pequeña entre el claro de árboles, cerca del sitio donde se abría la hondonada que terminaba, valle mediante, en el pueblo.

LA VIRGEN Y EL SILENCIO INTERIOR

La siguiente charla la mantuvimos antes del mediodía. Extraje de ello lo que me pareció más importante.

Lo dejé solo después de Laudes y me fui a caminar por el bosque. Él se quedó trabajando en sus íconos. Ahora está realizando unos que le han pedido por mi intermedio, en arcilla, que luego me encargo de llevar a hornear a la ciudad. Esta cocción, que se realiza a más de 1000 grados, deja el diseño en bajo relieve totalmente fijado y apto para durar mucho tiempo. Hermano Vasily entonces se dedica al color, aplicando unos óxidos que luego hay que hornear también.

Todo el proceso es trabajoso, pero sus resultados son formidables. Quedan realizadas magníficas imágenes que son aptas incluso para poner en las

Iglesias, muy sacras y adecuadas para cumplir la función de todo icono, es decir, facilitar el contacto con lo sagrado. Pero el monje se encarga además de hacer que la imagen y la obra toda, con sus maderas y marcos de soporte, viva un proceso de oración. El reza reiteradas veces mientras va desnudando la forma con sus manos, reza cuando la pinta, cuando la termina, cuando la entrega. Vasily considera que la forma puede albergar algo de las divinas potencias y que esa influencia positiva puede llegar al fiel desconocido que luego haga oración ante la imagen.

El bosque es muy calmo y solitario. Hace frío y como casi siempre, sopla una brisa que mece la parte alta y más débil de los pinos. La repetición del Santo Nombre se me está haciendo hábito y estoy empezando a gozar de algunas de sus primicias. Por ejemplo: Cada vez que me olvido de orar y que me preocupo por algo de mi vida en la ciudad, por lo económico o por algún

temor o ansiedad, me acuerdo que existe la oración y es como si ya me tranquilizara, antes incluso de empezar nuevamente a hacerla. Me ha crecido mucho la fe y vivo más confiado, tengo motivos para estar muy agradecido.

A mi regreso, el icono está listo para ser trasladado, ya embalado y protegido. Al no estar todavía cocido, debo ser extremadamente cuidadoso en su traslado.

_Acá estoy de vuelta Hermano.

_Ya veo. ¿Y cómo te fue?

_Bien. Soy una persona más tranquila que antes, tengo menos urgencias.

_¿Y qué te sigue urgiendo?

_...Mhh, no sé; algo así como un cierto afán de realización total, de consumir la unión con Dios, creo que tengo mucha ambición espiritual.

_Ya te estás como defendiendo por anticipado. Comunícate con libertad y no andemos timoratos.

_Sí, tiene razón. Lo que pasa es que soy mucho más feliz que antes, pero

por ahí a veces me asaltan temores o inquietudes y me gustaría vivir en la plenitud que conozco por usted o por cosas que he leído... como que tengo ansiedad de que llegue ese momento.

_Toda ansiedad deriva de la falta de fe. Mejor dicho, toda ansiedad es un deseo de algo, es un querer algún tipo de objeto, material o espiritual, tangible o intangible para consolarnos en el. Pero la única plenitud posible viene de vivir con Dios junto. Todo lo demás es provisorio e insatisfactorio, como ya sabes.

Pero además, vivir en Su presencia no es un objeto que se pueda adquirir como otro cualquiera o un algo que lograr. Vivir en Su presencia es un proceso de la gracia en nosotros y que requiere algo muy mínimo de nuestra parte. Dejarse en Él, estar dispuesto a aceptar Su voluntad.

No hay mejor actitud que el "Sí" de la Virgen para la oración contemplativa. Disposición, aceptación e ir guardando todo en el corazón. Ella enseñaba la

contemplación. Atestiguar dispuesto a aceptarlo todo y guardando en el corazón toda vivencia.

Y fijate que esta actitud, aparentemente pasiva, poco activa, es la que logra que Jesús actúe antes de la llegada de su hora en las bodas de Caná.

Ella muy calladita, silenciosa, de bajo perfil dirían hoy, pero la primera señal de Jesús se produce a instancias de ella. Luego, Jesucristo se niega y sin embargo ella les dice a los servidores: “Hagan lo que Él les dice” y Nuestro Señor lo hace. Yo no soy teólogo ni intérprete bíblico adecuado, pero a mí me parece personalmente que ese significado es muy correspondiente a lo que sigue en todo el Evangelio después. Esta particular deferencia de Jesús hacia ella nace de la profunda intimidad de corazones entre ambos, nace del atestiguamiento de María.

Y fijate que luego, al pie de la Cruz, ella llora su dolor y a través de sus lágrimas calladas consume la

contemplación. Todo contemplativo termina llorando los dolores del mundo, la caída propia y ajena y es ese dolor, el que misteriosamente, redime al contemplativo y al mundo.

_O sea Hermano ¿que usted reza como María?

No, yo intento rezar como María, es un modelo de conducta inestimable para mí. Hay todo un problema con esto de los modelos de referencia hoy en día. Suelen presentarse a los jóvenes, desde el seno mismo de la Iglesia, modelos armados fuera de la necesidad psicológica y espiritual de la etapa que se atraviesa. Incluso yo recuerdo un canal de televisión que tuve oportunidad de ver un día en la sala de estar de la hospedería, un programa católico, muy bien intencionado, que presentaba a unos jóvenes mirando al cielo con una cara de embeleso mal actuada, no sentida.

Me preguntaba a cuántos jóvenes atraería semejante modelo.

El joven necesita modelos heroicos,

de entrega valiente y generosa, que aunque puedan transitoriamente llevarlo a veces, al terreno del crecimiento del ego; tarde o temprano lo depositan en el anonadamiento de sí mismo y en la entrega. Piensa en Charles de Foucauld, en San Francisco de Asís, en San Roberto de Molesmes.

Creo que el resurgir Trapense en América entre los cuarenta y los años sesenta, tuvo mucho que ver con la obra del Padre Raymond, "Tres Monjes Rebeldes". Esa obra, según mi criterio, llevó más vocaciones a los trapenses que cualquier otra acción de los últimos tiempos.

Presentar una visión poniéndose en el lugar del modelo y de su entrega, de su heroísmo. Fijate en San Pablo, era tan decidido aún en el error, que se le manifiesta El Señor. Pero a mi ver, fue su entrega lo que llama al Señor al camino de Damasco. Pablo defendía a su Dios y se le iba la vida en ello.

Debemos mejorar nuestro modo de evangelizar. Hay que destacar la

valentía de dejar todo, del abandono. Después, eso nos lleva solitos a darnos cuenta que no hay mérito alguno en nosotros. Pero quizás al principio es necesario.

Al rato, oramos y comimos frugalmente, en silencio. Yo tenía todo listo para irme y eso me teñía las cosas de cierto dolor angustiado. Me quedaría a vivir en las cercanías de Vasily sino fuera porque debo esperar a resolver la situación de la familia, según su orientación. Se me ha hecho dependencia de su palabra y de su presencia. Lo amo y lo reverencio con sentimiento filial. Él me mira y yo creo que sabe lo que pasa en mí. Sonríe, pone una mano en mi hombro y dice:

Uno no debe preocuparse de nada. Uno debe ser consciente de que todo nos viene de Él y todo será según Su voluntad... ¿de qué preocuparse? Confiar y si no confío, pedir la confianza. Ya tienes pruebas suficientes en tu vida de la bondad de Dios y de su Providencia más inteligente de lo

que podemos imaginar. Uno cree que el bien de uno es aquello y resulta que es esto otro y uno después se da cuenta; cuando Dios ya nos dio lo que necesitábamos y tuvo que aguantarse nuestras quejas mientras el proceso de la gracia actuaba.

Quedate tranquilo, te va muy bien y muy bien te va a ir en la peregrinación por este mundo. ¿Y sabes porqué? Porque El Señor es bueno, porque es infinita Su misericordia y porque nunca perdiste tu niñez. La buena fe. La buena intención. El querer el bien. Cierta candidez que tienes y que te ayuda mucho.

_Gracias Padre... hermano, una cosa más solamente. Yo lo he visto orar, medio de reojo y hemos recitado juntos los Salmos, pero yo sé que usted practica la oración de Jesús y quiero saber de su intimidad en la oración. ¿Qué hace usted cuando se sienta en silencio por horas mirando los iconos? Digo, ¿qué hace en su interior? Disculpe el atrevimiento pero si no se

puede contestar no se contesta.

—¿Y cómo no se va a contestar? ¿Por qué no? Es cierto que hay un espacio absolutamente íntimo entre El Señor y cada alma, pero no es que no se deba o no se quiera contar, es que no se puede traducir lo que allí se vive. Eso es críptico, incluso muchas veces para uno mismo, luego de la oración. Porque es como que uno, luego de orar ya cambia de situación o de nivel y aquello no le resulta tan accesible.

Pero bueno, yendo a tu pregunta. Lo que hago es dejarme estar ante El Señor. Me pongo frente al icono que es una ayuda perceptual para el asno que hay en uno; porque El Señor está en todos lados, en el tronco sobre el que estoy sentado, está en los árboles y está en tu mirada y en tu anhelo y hasta en tu pregunta. Pero uno es un asno y el icono ayuda a situarse mental y corporalmente. Es como la gestualidad en la oración; una ayuda para posicionarse interiormente.

Así que yo me dejo estar ante los

iconos, sereno la respiración de la agitación que esta viene trayendo por las actividades, repito la oración de Jesús porque me conecta inmediatamente con un espacio sagrado en mi interior y así me quedo, me dejo estar.

No tengo mucho más que decirte... hay días de mayor silencio interior y días de más viento, de cierta movilidad y nada, todo está muy bien porque en ese dejarme estar es cuando Él actúa más libremente si me permites la expresión. Respecto de lo que preguntabas el otro día, de si hago o no hago peticiones; cada uno tiene su forma... yo trato de contactar con lo que hay en la profundidad del corazón... que son todos buenos deseos por los demás, por todo y por todos.

Porque en la profundidad del corazón está El Señor y Él es y quiere el bien absoluto y si se puede decir así... cuando yo deseo el bien para el mundo, estoy deseando con Él, me uno

a Él en la Creación del mundo, que continúa a través de la obra salvífica de la gracia.

Pero claro, entiende todo esto como una forma de traducir lo intraducible, porque no es como es la cosa, sino como puede decirse la cosa y lo que puede decirse nunca es la cosa en sí y mucho menos si de hablar de Dios se trata. Porque propiamente de Él no podemos hablar, sino a través de figuraciones y de modos que nuestra condición pueda comprender.

Porque Él está más allá de todo, porque es lo totalmente otro. Y, a la vez, lo totalmente uno con todos. Uno empieza cuando se mete en este terreno a decir tonterías, todo resulta paradójal, porque son cosas que no se pueden decir; no porque no se deba, sino porque no se puede, hay una imposibilidad de manifestar acerca de la manifestación suprema. Vos leíste a Dionisio Areopagita y sabes de que hablo.

Pero es eso, dejarme estar, hacer lo

menos posible, repetir el Santo Nombre y saber callar también en el momento donde todo sonido es innecesario y es allí en esa nada innombrable y silenciosa, donde pasan cosas entre Dios y el alma que es lo que dota de significado toda la vida. Uno nunca es el mismo luego del gran silencio y la vida nunca vuelve a ser la misma; porque El Señor la ha tomado y la va despojando de todo lo que no sea Él.

Y en lo que hace a lo que preguntabas para esa persona que ha puesto en marcha una obra solidaria y que con mucho esfuerzo va llevando adelante, que tiene el deseo de organizar en torno a ello una congregación religiosa nueva y que duda si es adecuado; eso depende.

Uno debe pedir el don del discernimiento, la venida del Espíritu Santo que aliente el esclarecimiento verdadero.

Pero puede servir en principio que esa persona se pregunte: ¿Es que en esta obra que estamos llevando

adelante hay algún carisma especial, muy particular, difícil de encontrar? Porque si no lo hay, si es una tarea como ya se están llevando adelante en otros sitios, podría sumarse a alguna congregación ya existente que trabaje en esa línea. Podría aportar nuevo aire a gente que ya lo está haciendo y, a la vez, recibir apoyo de estos nuevos hermanos.

Pero si hay un carisma muy específico y particular, una especialización muy determinada, quizás pueda ser una llamada a una fundación nueva. Habrá que verlo.

La vida consagrada siempre es lo mejor. ¿Qué mejor que consagrar la vida a algo? Junto con lo sagrado haré mi vida, eso es vida consagrada. Si la persona puede, si lo puede asumir y pidiendo la gracia siempre se puede; que no dude e inicie el camino hacia la consagración. Pero debería empezar en alguna orden o institución ya existente, para aprender y para depurar las motivaciones. Porque a

veces el ego mete la cola y lo que parece un carisma es afán de protagonismo o de notoriedad o auto estima. No digo que lo sea, digo que puede ocurrir y ponerse bajo el manto de la obediencia, es buenísimo para esas cuestiones, para depurar, filtrar las cosas.

¿Consagrarse? sí. ¿Empezar una nueva congregación? depende. Primero obedecer, aprender y luego si es un llamado del Señor, se va a revelar, se va a discernir. Porque si esa persona se siente atraída hacia la vida consagrada, eso es un llamado. No darle muchas vueltas que hacen falta obreros en la mies. Cada uno con su carisma, sí, claro que sí. Pero eso discernirlo desde adentro y no desde la soledad donde el "yo" puede jugar malas pasadas. Ser humilde y aceptar que todo esto puede discernirse consultando con otros de más experiencia.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

AYUNO, SOBERBIA Y CONVERSIÓN

Cae la tarde sumergiendo todo en la penumbra y entre los silbos de los pájaros y el sonido del aire entre los pinos, noto la ausencia de la angustia que suele acompañarme en los crepúsculos.

En los atardeceres suelo recordar la escena bíblica del camino de Emaús, donde le piden a Jesucristo resucitado que se quede a acompañarlos porque se hace de noche.

Aquí, junto a la ermita, no aparece el clima de desamparo que me suele acometer. Aquí está todo bien; porque ver la felicidad callada y profunda de Vasily me hace más cercana la promesa del Edén y de algún modo la torna creíble, para mi propia vida en el mañana, cuando no esté junto a él.

La perspectiva de la noche en oración callada, la cena juntos y la continuidad

del diálogo me llenan de alegría.

_¿Cómo es su dieta Hermano? usted ¿qué come?

_Verduras y frutas, algo de pan, mucha agua.

_¿No come carne, ni siquiera pescado?

_No. Pero no es nada extraordinario, uno se acostumbra rápido. Además, en esta soledad no estoy expuesto a tentaciones... no veo nunca un asadito que me provoque.

_¿Y no se debilita?

_Yo creo que no. ¿Me ves mal?

_No para nada.

_¿Y entonces?.

_¿Pero cómo es todo este tema del ayuno y eso? ¿Es útil, no lo es?

_Depende. Por ejemplo si te pones a ayunar más allá de tu medida o si lo haces sin verdadero criterio te puede pasar que se produzca un rebote. Es decir te mortificas dos o tres días y al cuarto estás sumergido en la gula más

tremenda. Como una ley de compensación. Eso no sirve. Pero, en general, está muy relacionado el ayuno, los frutos del ayuno quiero decir, a la motivación con que se lo emprende. Si lo que buscas es una proeza ascética para hacer crecer el ego, más vale comerse un asadito y quedarse con el ego disminuido; porque hace menos daño a los apetitos un asado que un ego inflado. Te lo puedo asegurar. Y también depende de a quién le estemos hablando. Cada uno debe proporcionar sus esfuerzos a su condición y a sus búsquedas. Aligerar el cuerpo de pesos siempre es muy útil, mientras no recargue de pesos a la mente. Te quiero decir, si vas a ayunar y como consecuencia de tu liviandad vas a estar pensando todo el tiempo en un plato apetitoso o si vas a estar contando las horas hasta que termine el período de ayuno, eso no es de ninguna ayuda. ¿Cómo te ha servido para unirse a Dios? debería ser el criterio para evaluar.

Mi opinión es que el ayuno sirve si se hace práctica de vida; es decir, costumbre. Porque al acostumbrarse uno necesita menos cosas, puede ser más libre para orar, para pasarse largos períodos de reclusión, verdaderamente el cuerpo empieza a reclamar menos atención. Yo disfruto mucho unas papas con calabaza y una fruta. Me resulta muy apetitoso, el cuerpo ya no me pide lo que casi ni recuerda. Entonces me ahorro un montón de molestias, de condimentos y de necesidades que no eran tales. Se vive con menos y se vive mejor. Por otro lado te digo, es difícil hacer silencio mental con el estómago muy lleno. Y mientras más le das más te pide. Te acomete el sueño y es difícil permanecer vigilante, fiel en la oración y en la custodia de los pensamientos. En ese tema Evagrio el Monje fue un gran maestro, lo mismo que Casiano. Ellos relacionaban a un pecado con otro y mostraban el particular encadenamiento existente entre un vicio y otros que necesariamente le

siguen.

Atestiguo que lo que dicen es la pura verdad y lo afirmo por experiencia. La gula o la *Gastrimargía* es madre de muchos vicios. Pero por supuesto la raíz está en otro lado. *En la ausencia de la sensación de Su Presencia*. Es la verdad que he podido comprobar. Todos nuestros males derivan del vacío interior y este vacío es el lugar en donde debería habitar El Señor. O lo que es lo mismo: el lugar en donde está El Señor, pero sin que nosotros percibamos su manifestación. ¿Cómo percibirlo si no nos detenemos un momento? Imposible sentir su sagrada Presencia si estamos colmados de apetitos. Porque cuando el cuerpo está acostumbrado a algo, lo que busca es ese algo que lo ha colmado de placer. Y a la hora acostumbrada buscará repetir la sensación. No va a buscar la mucho más sutil presencia de Dios. Va a buscar la nada sutil presencia de la distensión abdominal... el bife colmando el estómago, ¡el placer de la

saciedad!

¿Y que pasa después de la saciedad? Viene la modorra. Un sueño bárbaro, unas ganas de echarse a dormir un rato, como hace el perro, ¿no es cierto? El cuerpo es animalesco, se aprende mucho sobre los propios hábitos mirando la conducta de los perros. Y te haces una buena siesta. Lógico, el cuerpo quiere digerir y concentrarse en esa función intestinal, con toda la grasa y los carbohidratos... necesita echarse, disminuir todas las otras funciones para digerir.

¿Y luego de la siesta? Hace frío, empieza a ponerse ventoso, se anuncia la noche de a poco y entonces comerse una meriendita ¿verdad? Entonces a llenarse nuevamente de pan y dulce y un café o dos... y después uno no se va a dormir porque le da vergüenza, pero ya quedó medio inservible para toda tarea espiritual. En aquél momento, rezar vísperas, será lo más parecido a una letanía sin alma, porque el alma está detrás de varias capas de

mermelada... Por eso te lo digo. Porque hay bastante confusión con el tema; al menos en la literatura que se encontraba cuando yo todavía andaba por las librerías buscando a Dios. Y la confusión, me parece, deriva de la falta de experiencia en el tema. Es muy difícil animarse a dejar de lado el placer más rápido, barato y accesible que tenemos. Si te sientes mal, algo que ingieres te da una sensación diferente. Al rato te sientes angustiado, te comes otra cosa y así siguiendo.

Lo que a mí me ha pasado es que descubrí, que la gula es un enemigo mucho menos aguerrido de lo que parecía... pero debía enfrentarlo con cierto valor unos pocos días. El cuerpo luego se acostumbra y te ayuda.

A mí me gustaba mucho la carne asada y me parecía increíble pasarme un día sin un buen filete. Pero después de unos días, empecé a disfrutar de las verduras. Y te digo, el hambre de verdura no reclama tanto como el hambre de carne; es como si fueran de

naturaleza o de vibración diferente. Los hindúes saben mucho de esto y es como para aprender de ellos un poco.

_Pero cómo llegó a esto de decidirse a dejar de comer carne totalmente y a comer tan poco, o mejor dicho... ¿Por qué no me cuenta cómo llegó a esta vida Hermano?

_Contarte como llegué a esta vida... y ¿desde cuándo te cuento? Porque de algún modo todo me fue preparando para esta vida, todo tuvo sentido, todo fue útil y significativo; lo que no quiere decir que yo me diera cuenta entonces o cuando las cosas parecían ir mal.

_Yo no pretendo que me cuente todo, pero como un itinerario hasta la ermita...

_Hoy no te voy a contar la historia larga, te voy a contar una parte muy interesante a mi modo de ver, que fue lo que me pasó con la Eucaristía. Yo estaba muy apartado de la Iglesia entonces, te comenté una vez algo. Había dejado de creer. No había dejado de creer en Dios, me resultó imposible

siempre concebir un universo sin Dios, pero no quería saber nada con la Iglesia. Me había desencantado totalmente luego de mis primeros pasos en ella y algunos encuentros desdichados abonaron este descreimiento. Básicamente me convencí de que la Iglesia era la historia de sus miserias o de sus movimientos políticos y dejé de ver la obra de la gracia abriéndose paso en la historia humana, a pesar de los hombres corruptos... dejé de ver a la Iglesia como un ámbito contextual necesario, como morfología del amor de Cristo, te diría.

Así que ahí estaba yo, sin la Iglesia y afirmándome en que el Concilio de Nicea esto y que el otro concilio esto otro y con eso mi mente conjuraba cualquier deseo o atracción que pudiera tener el corazón. Mi vida fue durante muchos años la historia de la soberbia. Si me dijeran que fue lo peor de mis años lejos de la Iglesia yo diría que la soberbia. El mundo era de los

tontos y de los vivos y yo pujando para permanecer entre los vivos. Un mundo competitivo y desprovisto de sentido como no fuera la busca del ascenso en la escala social. Volví porque me fue mal. Me fue mal en lo exterior y en lo interior; no lograba lo que ambicionaba y no me sentía feliz. Tan mal me fue un día que balbucí una oración. Fue algo imprevisto. Hacía años que no rezaba, que no ejercitaba “el oficio de los débiles” como me gustaba pensar entonces. Pero ese día estaba tan angustiado que musité una oración y mi mente se dio cuenta y se rebeló sorprendida, acudió en tropel a desarticular el “mecanismo de fuga” según decía. Pero así como mi mente se alteró enojada, mi corazón se regocijó, se ablandó y empezó a llorar.

Y ya no te hablo de ese día solo, te estoy tratando de describir un proceso que me llevó varios años, de vuelta a casa, junto a Jesucristo y a la Iglesia, entendida como hermandad en la fe y en la esperanza y también como

organización protectora de esos dos valores. Mi corazón fue el asunto. Empezó a llorar digo, porque en el mismo momento en que se produjo esa oración sorpresiva, repentina y dividida por la fuerza de la mente soberbia... en ese mismo momento empezó el arrepentimiento, me di cuenta de acciones que había ejecutado sin remordimiento; tomé conciencia de mi pecado, de la insania de muchas conductas, advertí mi dolor por ser yo como era entonces; sufrí por haberme apartado de mi ser profundo.

Pero claro, esto lo digo ahora, ya comprendido el proceso, en ese momento la cosa era dolorosa y confusa, pero irreversible. Hubo luego sí, un camino de lágrimas de verdad, de las que humedecen la cara, eran genuinas y no "eclesiales"; eran lágrimas de la conciencia del dolor causado a otros y a mí mismo, era el arrepentimiento más puro y llano, simple. Y lo considero un verdadero don, una gracia operante a pesar de mi

enorme orgullo, de mi soberbia y de la visión del mundo que tenía entonces. Entiendo desde ese día lo que significa *Metanoia* y entiendo la gratuidad de la misma. Si soy más subjetivo aún y me expreso con más libertad todavía... te digo que me sentí en transformación involuntaria, benéfica aunque dolorosa para el ego y salvífica para mi espíritu.

Y después todo fue un irse engañando la mente respecto de que nada cambiaba, de que yo era esto y lo otro en la misma vena soberbia, mientras la conducta se modificaba radicalmente y para bien. El corazón se iba derritiendo y eso a veces le daba dolores, pero empezó a estar más sano, más limpio, sin doblez.

El colmo del cambio de conducta fue volver a misa. Las primeras "nuevas misas", es decir las del regreso, eran graciosas si lo miro desde el hoy; la mente se rebelaba de modo atroz, criticando airadamente "la tontería" que estaba haciendo, sin embargo y

aún sin gozo ni placer, mi cuerpo permanecía hasta el final de la liturgia, como ausente, sin saber ni entender porque le pasaba lo que le pasaba. Pero el corazón se dulcificaba y se afincó y no pudo ya apartarse de la comunión. Hubo un tiempo, cuando la mente se rindió y dejó de molestar, en que iba a tres o cuatro misas diarias, de tanto gozo que sentía mi alma, recuperada la casa del Señor. Sin embargo, te digo, no era un gozo sensual, de placer y requiebros; era un estarse frente al altar reconociéndose actuado por una intención ajena, modelado de nuevo. Si crecía la paz, y en ese sentido allí sí estaba el goce, era como un adormecimiento de los miembros y como una fuerza nueva, como un cosquilleo en el rostro y las manos, *una serena concordia*, al estar el corazón uniéndose a la mente. Pero claro, esto lo digo ahora, viendo en retrospectiva.

_Muy bueno, le agradezco que me cuente estas cosas tan íntimas.

_No hay problema. No es personal lo

que no tiene mérito. El Señor me dio, luego me quitó y después me lo volvió a dar, centuplicado.

_Pero hermano... ¿entonces usted no tuvo culpa de sus malos años? porque dice: "me lo quitó", como si alejarse no hubiera dependido de usted.

_No lo decía desde allí, sino más bien expresándome de acuerdo a lo que sentí. No niego la responsabilidad, pero es complejo y hay que verlo bien; en síntesis: veo el pecado o la culpa en las encrucijadas, en los momentos decisivos y no luego, cuando ya estamos embarcados y en medio de la tempestad. Te diría que en ese encuentro infortunado que te mencioné, opté por probar el árbol del conocimiento del bien y del mal; en ese momento quise saber y abandoné la fe y di más crédito al pensar que al sentir profundo. Aclaro lo de profundo, porque cuando te hablo de sentir no me refiero a los sentimientos superficiales como pueden ser una emoción transitoria provocada por un

estímulo.

Tuve una charla con cierto alguien en ese momento, se me habló del Concilio de Nicea y de cómo la Iglesia pactó con Constantino Emperador y como adaptó sus estructura a la organización imperial y como gracias a eso se expandió y etc. etc. Y se me habló de la inquisición y de los errores y falacias de la Iglesia. Y mi mente lo compró, porque el ponerse allí, le significó a ella una subida de nivel jerárquico, se ponía en juez de la historia de toda una institución.

_Si soy juez de los demás y de lo que hicieron... soy superior ¿lo ves?

En ese encuentro se criticó a la Iglesia desde afuera de ella y desde una supuesta estatura moral independiente y esclarecida... no tuve en cuenta la soberbia y la postura juzgadora que implicaba, me monté en la sensación que la nueva ubicación mental me brindaba. ¿Cómo podíamos yo o mi interlocutor juzgar a la Iglesia? pero, ¿cómo es posible juzgar siquiera a

cualquier persona? ¿cómo es posible que se produzca el acto de juzgar? Sólo separándome, alejándome de lo que miro y poniéndome por encima. Y esa postura es ilegítima porque no tiene de donde sostenerse, debido a la subjetividad implícita en nuestra propia existencia separada, como individuos.

El juicio es un acto inválido, no solo moralmente sino prácticamente. No es válido ningún juicio como no sea a nosotros mismos desde nosotros mismos. Menos desde fuera de la organización de que se trate. Por eso la enseñanza evangélica de la viga en el propio ojo, supongo. Así es que yo empecé a ver esos errores de la Iglesia o esas corrupciones de la Iglesia y mi mente se apartó y dejé de escuchar al corazón. Mi corazón decía que yo amaba la Iglesia, que me regocijaba de ser parte de ella, que amaba la liturgia, la oración, la esperanza en la resurrección; que amaba a Jesucristo aún sin saber porque y que me

importaban un comino todos los concilios y corrupciones posibles.

Mi madre era una persona complicada, con problemas y en ocasiones cuando niños nos trataba duramente. Se diría que tenía muchos defectos, si me pongo en juzgador de su conducta; sin embargo la amé, la amo y amaré muchísimo y es que aun recordando sus rudezas, mi amor no cesa. ¿Y porque pasa eso en el ser humano? Ah yo no sé..! Intuyo que porque estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, que nos ama irrevocablemente.

Los corazones se entienden. Tenemos la mente mal educada. Ella debe servir al corazón, como herramienta para comprender la acción del espíritu en todas las cosas, no mucho más. Lo que no es poco. Pero si la mente quiere comandar, construimos un mundo insalubre.

Corintios 13 debiera ser la constitución del mundo, porque es lo que siente el corazón de todos los

hombres. Fijate que aún el asesino ama a sus hijos o se enternece con alguna cosa... el amor es nuestra raíz, la esencia de nuestro ser, ontológicamente somos amor, porque somos hijos de Dios y aunque incognoscible para la mente, Dios se nos revela como amor en la profundidad del corazón.

_Que Dios lo bendiga hermano y lo proteja siempre.

_Me ha bendecido y me protege, al igual que a todos los hombres. Porque aunque no parezca a veces, el dolor y el horror son también fruto del amor. Y esto que te digo se me va a complicar si quiero explicártelo con la mente, pero no es a ella a quién fue dirigido el dicho.

_Hermoso... muy ilustrativo y cierto lo que dice. Estoy muy agradecido al Señor por haberlo conocido. Mire en lo que terminamos y empezamos con el tema del ayuno.

_Si, gracioso. Pero todo está relacionado. Si ayunas exageradamente

intoxicas la sangre con fluidos digestivos que son segregados a horas precisas según la costumbre corporal. Si comes al antojo de tu cuerpo, olvídate de pensar, de sentir emociones altas, lúcidas y místicas. Te olvidarás hasta de caminar.

El camino del justo medio, no en vano es tan exaltado en todas las culturas antiguas, representa la sabiduría ancestral, muy sabia por cierto. Pero el término medio no halaga al ego, que gusta de los absolutos para alimentar su imagen.

Come moderadamente para ir necesitando cada vez menos y ser más libre de dependencias que te alejan de tu búsqueda. Buscar la sagrada Presencia en el corazón, en todo momento, mediante oración ininterrumpida es el mejor ayuno, porque cuando uno siente la sensación del reino en el interior, no necesita ya otro tipo de placer. Es el colmo del goce.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

UN RATO DE QUIETUD

La primavera estaba ya adelantada y presagiaba un verano caluroso como pocos. Era mi tercera estancia en la ermita y si bien ya estaba establecida una relación filial con hermano Vasily yo no tenía todavía tanta confianza. Por eso, cuando me propuso orar en silencio ante los iconos, acepté gustoso, sin saber que íbamos a permanecer inmóviles más de tres horas continuas.

Las experiencias interiores que de esa inmovilidad me quedaron como enseñanza, bastarían para llenar unos cuantos capítulos del libro.

Al no tener confianza suficiente, no me atrevía a moverme y esta quietud forzada vino a ser mejor maestro que la mayor parte de los libros que había leído. Básicamente cambió lo que creía de mí mismo. Me di cuenta que más allá de cualquier consideración *yo era*

una masa de inquietud.

Y no digo solo que tenía inquietud sino que esta formaba parte de mi identidad, porque no pude reconocer entonces alguna manifestación psíquica o física que le fuera ajena. Todo surgía de la inquietud y todo iba a dar a ella, re-alimentándose en incesante devenir.

Hacia la izquierda las mil prisas, hacia la derecha las recurrentes dudas, hacia atrás cientos de juicios y críticas; hacia adelante los incontables temores. Una cacofonía sin fin me corroía por dentro y pude comprender luego la razón de todo el movimiento que había en mi vida, de un lugar a otro y de una ilusión a otra, de un proyecto a otro proyecto, de afán en afán, desgranado por las ansias.

¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí!
empecé a gritar por dentro luego de un rato de inmovilidad; pero el grito tenía otra cualidad que en circunstancias anteriores. Era un gemido consciente de la carencia profunda; cualquier otro

pedido que hubiera realizado en mi vida se sintetizaba en la paz que buscaba ahora, se me hizo evidente que detrás de cada búsqueda y anhelo solo buscaba el cese del ruido interior.

Fue curioso, pero en esa oración que gritaba mentalmente con genuino sentimiento, empezó la paz a surgir. Y esa paz me pareció nacida de la verdad interior que el reconocer la propia desesperación brindaba.

“¡La verdad os hará libres!” resonó en el oído del recuerdo.

Mi verdad era una absoluta incompreensión del mundo, de la vida y su sentido; un fortísimo temor al sufrimiento y espanto ante la realidad de la muerte. La muerte física y las otras mil muertes de cada día.

La muerte de las relaciones, de los afectos, de lo proyectado.

Pude ver como vivía en un aterido desamparo, deseoso de calor, de afecto y plenitud. Y también me sucedió de ver a todos los hombres en la misma

condición sufrida. Comprendí a mis padres, a mis amigos, a los desconocidos; a los violentos, a los ambiciosos, a los mentirosos, a los bondadosos, a los ruidosos y a los silentes y en un segundo se me apareció el mundo entero gimiendo su carencia al cielo a través de las innúmeras actividades de la historia.

Pero... he aquí lo extraordinario, esa carencia y desamparo venían a ser dones y a regalar sentido.

Cuando Vasily se puso de pie, lo hizo sin dificultad y en silencio salió fuera. Yo, luché con el entumecimiento y el dolor de las piernas, trabajosamente le seguí. La noche iba avanzando y a través del claro en las coníferas que protegían la ermita, se podían ver muy brillantes las estrellas. Él se hundió en la espesura y no me atreví a seguirle, suponiendo que necesitaba intimidad.

Me recosté en la hierba a mirar los infinitos puntos de luz. Permanecí sobrecogido, consciente como nunca de la esfera que me cobijaba, flotando en

medio de un espacio inmenso. Sigilosamente se me fue deslizando el punto de vista y sin quererlo yo, pasé del deslumbramiento por la inmensidad al descubrimiento de la nidad.

¿Qué es esto Señor?! musité con la mente y la pregunta inquiría a un tiempo por el universo en su vastedad y por mí en la absurda pequeñez. Me sentía tan pequeño pero tan minúsculo que de tan poco empecé con asombro a sentirme grande. Porque ¿qué portento es el hombre capaz de albergar tanto en tan poco? Se me reveló la tremenda profundidad de la pequeñez, porque aún en ella el universo se expandía.

A través de las emociones, no del intelecto; vi a la carencia como la esencia del hombre y en ella la raíz de sus búsquedas y en estas el camino hacia el sentido. El sentido de la vida se enlazaba con la conciencia de la pequeñez y se asentaba en el reconocimiento del no saber y era en esa verdad aposentado, como Dios y

redención se hacían presentes y evidentes.

Se me configuró en ese instante lo que me pareció la madre de todas las oraciones, la “oración natural” por llamarla de algún modo; me di cuenta de que el asombro es la oración universal y que había confundido miedo y desamparo con un silencioso llamado.

Sin la Sagrada Presencia hay incompletitud y la nostalgia será el fondo de toda actividad; aunque se disfrace de ansiedad, de violencia, de posesividad o ambiciones múltiples y afanes sin final.

Mi asombro crecía y se asentaba hondo cantando leve:

¡Grande eres Señor, fuente de toda inmensidad!

ORAR SIEMPRE

ra la tarde más fría del año.

E Apenas llegué Vasily puso un jarro con agua al fuego y me hizo un café. Me trató como siempre lo hace. Cordial, sereno, contento. Quiero decir que me recibe con el corazón abierto, irradiando paz y feliz de la vida. Ahora que los escribo me parecen estados simples, fáciles de adquirir y de estabilizar y así parecen a su lado. Sin embargo son tan escasos en el cotidiano social, que no se los concibe como posibles sin determinados objetos que los brinden.

Una característica del modo de ser y estar de hermano Vasily es que su modo contagia. A poco de estar con él me siento completo, me desaparecen las ansias, ya estoy en el paraíso; los iconos me parecen tan sagrados y presenciales a su lado, que contrastan con los que tengo en casa. Y son las

mismas bellas imágenes, hechas también por sus manos; pero creo que es su mirada o la mía cuando estoy junto a él, que dota las figuras de cierto brillo particular. Siento especial reverencia, mayor que cuando estoy en las iglesias y me voy convenciendo de lo que me dijo una vez: “No creas que vivo solo, me acompañan varios ángeles...”

He cambiado tanto desde que lo conozco, no me reconozco y muchos conocidos tampoco podrían. Me fui extrañando del viejo “yo”, sin dolor ni algarabía, como quien ve alejarse un vehículo lento y viejo en la ruta, de a poco. Y esta distancia creciente me fue dando una nueva perspectiva, me fue llenando de arrepentimiento y también de alegría; porque junto a la pesadumbre vino la liviandad del perdón y la certeza del amor envuelto en confusa biografía. Como él me dijo una vez también, pidiendo disculpas por si estaba fuera del dogma, “Uno tarda en perdonarse, Dios ni culpa ni

perdona, educa”.

Solo tomamos café, sintiendo caer la noche, en medio de un silencio no fingido, ni forzado, un estarse quieto sin esperar nada, gozosos de sabernos Hijos. Al rato nos inclinamos en el rincón que hace las veces de oratorio e hicimos vísperas lentamente, paladeando los salmos. Entonces, luego de esa comunión con toda la Iglesia a la distancia, conversamos sobre las preguntas que quedaron pendientes y que me habían hecho algunos amigos en el blog.

_Uno se acerca a la oración continua porque algo ha pasado en la propia vida que la ha polarizado. La vida de uno se está haciendo unívoca. Todo se está orientando hacia lo único necesario y eso es una gracia muy grande. Suele suceder sin embargo que esto ocurre en medio de crisis angustiosas o de apremios que no nos permiten darnos cuenta de lo bueno que nos está pasando. Pero sin estos aconteceres, dolorosos en general, no

llegaríamos a la decisión de orar sin cesar.

Algún quiebre tiene que haber en el devenir personal que nos lleva por necesidad a la oración ininterrumpida. Porque esta es antes que nada una dirección de los apetitos, aunque suene extraño. A uno se le re-direccionan los apetitos y lo que antes era múltiple se hace simple y uno. Sólo se quiere rezar, se quiere estar siempre en la Presencia de Dios, no se desea abandonar ese estado de comunión... de distintas maneras se formulan estas cosas según cada quién y la circunstancia. Pero hay un llegar a una instancia de cambio, de un volcarse por entero, hay un gusto de abandonar la tibieza, es un llamado de lo extremo en cierto sentido.

Dios siempre es lo extremo. Recuerda que Jesucristo habló de negarse a sí mismo, de dejarlo todo y de seguirlo. Ir, vender todo lo que se tiene, darlo a los pobres y seguirlo. No son medias tintas, son extremos aunque se reserve

esa opción al que quiere ser perfecto.

La oración continua, el deseo y la decisión de orar sin cesar, implican un dejarlo todo en el terreno de la mente. Es tan difícil dejar la mente como dejar las posesiones materiales. Pero puedo decirte que abandonar todo el oro del mundo no necesariamente te une al Señor, pero abandonar la mente te deja a merced de Su Gracia por completo.

Y cuidado, que me parece muy bien dejar las posesiones materiales, por supuesto; es un acto de gran valor y confianza en el Señor, ese poner los bienes en común que hacen los monjes de ciertas órdenes, ese someter las posesiones al Abad o donarlas a la Iglesia o a la caridad; es muy bueno y de gran valor para los demás y para la propia edificación.

Pero puede que uno siga inquieto o preocupado o dividido o destemplado o que tenga recaídas de la avaricia y se lamenta de lo hecho. Pero dejar la mente es dejarse a uno mismo en cuanto ego para siempre y totalmente.

Es renunciar a existir como individuo separado de la voluntad Divina.

Y este entregarse brinda indecible contento, pero no es sencillo al principio llegar a ese estado interior, a esa morada del alma; porque *dejar la mente es dejar lo que hemos creído ser*. Nos parece que morimos y en realidad empezamos a vivir.

Antes que nada... ¿qué es la mente?

Un incesante discurrir del pensamiento, como un arroyo interminable, como la vertiente de la cual bebemos aquí; un goteo incesante de las imágenes y de los anhelos plasmados en diálogos, en apetencias sin fin, en recuerdos e imaginaciones sin sentido. Un ir y venir y volver a ir siempre para el mismo lado, para la construcción y sostenimiento de un ego que no quiere sino crecer y en la medida en que lo logra, se aleja el alma del Señor y de sus enseñanzas y de su gracia vivificante.

Mientras más crezca la búsqueda del placer corporal y mientras más

encadenado te encuentres a estos goces, más lejos estarás del reino espiritual. Y no te estoy hablando de producirse dolor o de negar los gozos naturales y legítimos, que colaboran con el crecimiento de la persona, sino del apego y de la alegría como derivada del placer físico.

Porque no hay opción querido amigo: comes para mantener sano y vivo al cuerpo o comes para gozar del sabor de la comida. Duermes para reparación del cuerpo y para recargar tus baterías o duermes para encontrar el placer de la modorra y la pereza y la calidez de los humores.

El sexo: lo haces para la reproducción de la especie en sagrado vínculo, como una expresión del amor profundo por una compañera de por vida o lo haces para saciar los instintos interminables de la genitalidad. Y así te va luego, de una dependencia a otra dependencia, de una relación trágica a otra y de una enfermedad a la otra.

La mente, es decir el pensamiento,

también se ha pervertido desde el origen y en lugar de servir para organizar la experiencia en este mundo y participar activamente de la creación como colaboradores en ella, se ha transformado en herramienta de placer y de fuga, en vehículo de alienación, para el olvido de sí y de los demás.

¿Porque a que viene ese divagar de continuo recordando aquello o ese imaginar cómo será esa otra situación, sino para el deleite corporal?

Todo este ir y venir de la mente, siempre está buscando la producción de sensaciones. El ir y venir con los movimientos y los desplazamientos físicos y el ir y venir con los pensamientos. Te lo digo por experiencia.

¿Cuál es uno de los principales enemigos de la oración? El afán de movimiento, la sed de moverse para sentir.

Cuando intentaba recogerme en la celda en mis años de noviciado, principiaba a orar y en ocasiones me

sentía unido al Señor y en otras no, pero siempre representaba cierto alivio el llamado al refectorio o a la oración comunitaria o a las tareas; porque implicaba liberarme de la prisión de la quietud.

Porque el estarnos quietos nos pone en una situación muy difícil.

Nos hace evidentes las pulsiones, los anhelos, esos impulsos hacia aquí o hacia allá; nos hacemos conscientes de nuestro propio desasosiego, de nuestra falta de paz. Y esta falta de paz, siempre surge de un inconformismo, de una no aceptación, de un deseo.

Pero yendo a lo práctico y menos a lo explicativo, que a eso apuntaban las preguntas que me hiciste llegar; es necesario repetir El Santo Nombre conforme crece la inquietud y mientras más me acosan los deseos de moverme más repito El Santo Nombre.

Yo he descubierto que la clave en los inicios de la oración continua radica en no mover el cuerpo, aunque al principio sea algo como forzado. No

hace falta mucho tiempo de esto, solo un poco.

Porque como te dije una vez, al inmovilizar el cuerpo se me hacen más evidentes las pulsiones y los deseos de movimiento y entonces, al ver lo que sucede puedo orar con el Nombre de Jesucristo en oposición a los movimientos.

En lugar de mover el cuerpo, se puede canalizar la tensión a través de un movimiento mental, repitiendo El Nombre del Señor o la frase preferida de oración. Esto sirve para empezar a concentrar la mente y para acostumbrarla a mi manejo, a que se conduzca según mis intenciones y no conforme a sus desvaríos.

También la resonancia del Nombre de Jesucristo es la gracia que empieza a acrecentarse en nuestro corazón, porque nadie lo invoca sino es movido por el Santo Espíritu. Si repites el Nombre, estás dando lugar al Espíritu, a su acción purificadora e inspiradora en ti.

Habrá toda una rebeli3n de los apetitos del movimiento, una pugna por salir de la cárcel de la quietud, una búsqueda desesperada por liberar las tensiones mediante el movimiento, corporal o mental.

Entonces, persistir en repetir la oraci3n pidiendo la gracia de la quietud del coraz3n, de la paz del espíritu. Porque lo que he vivido es que siempre que se repite la oraci3n, esta va adoptando tonalidades diferentes. Es como si a través de las mismas palabras, fuera orando el coraz3n de acuerdo a su estado y necesidad.

 Se or Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mí! dice la mente y sin embargo el coraz3n grita...  L brame Señor de la angustia! o  Dame la paz Señor! o  Ense ame a orar!... siempre está el coraz3n diciendo algo mientras se repite la oraci3n.

Si se persiste en mantener quieto al cuerpo y si se persiste en repetir con la mente la oraci3n, calmadamente, sin

prisas, en muy pocos minutos empieza a sentirse en el cuerpo una sensación muy diferente. Fijate que dije “en pocos minutos”, no es necesario un tiempo prolongado para que pueda uno percibir algo de la gracia del Espíritu Santo.

Tiempo y paciencia harán falta para estabilizarse en Él, pero no para tener unas primeras experiencias, que ayudan mucho; porque evidencian que algo maravilloso existe en nuestro interior al alcance de la mano, que es verdad y no mera creencia que el Reino de Dios está en nuestro interior.

Te repito especialmente para tus amigos que preguntan y desean alcanzar la oración ininterrumpida, porque sin ese deseo vehemente no se puede lograr:

Inmovilizar el cuerpo en alguna postura atenta, que no permita el sueño, pero no incomoda en demasía; adecuada y relajada pero que no facilite el sueño. Luego de esta inmovilización, acudir a la oración

mental, a la repetición del Nombre o la oración que se prefiera, pero sin prisa y sin pausa. Al darse cuenta de que se está divagando, solo volver a la oración sin reproches. Persistir en esto un rato apenas y se comenzará a sentir de una forma no habitual el cuerpo, de una forma que podría decirse... dormido pero despierto, en calma, muy sereno el cuerpo con una suave vibración...y la mente que empieza a irse sin dificultad hacia ese nuevo sentir, repitiendo sin embargo la oración.

Son las primeras señales del Espíritu Santo, un tono diferente se sentirá en las manos, en el rostro y a la vez, la presencia del corazón latiendo suave, como si moviera los músculos del pecho, pero sin molestar, como acompañando todo esto.

Ya solo sentir esto va a permitir que el que se inicia perciba el gusto por la oración del corazón, la gracia que en ella se esconde o mejor dicho, lo que tenemos en el interior, la perla preciosa, que no se nos revela por el

ruido mental y corporal en que vivimos. ¿Parece demasiado fácil?

Lo que pasa es que nadie se queda quieto y nadie desde esa quietud, Lo invoca. Porque rezar se reza mucho, en medio de la dispersión y la divagación y las ansias por que se concedan ciertos pedidos fruto del deseo personal...

Luego de un tiempo, ya no se puede estar sin la oración en la vida cotidiana y si se puede pautar para ello momentos especiales de quietud, se hará el mejor de los hábitos que se pueden tener.

Y esta tranquilidad del alma, se traslada a lo cotidiano, afrontando sin temor situaciones diversas que antes nos preocupaban o alteraban. Empieza a construirse una nueva morfología de la propia vida, donde actúo y miro desde el corazón profundo, desde esa plácida posada donde vive El Señor de la Misericordia.

LA EXISTENCIA DE DIOS Y LA BELLEZA

ecogimos bastante leña. **R** Hermano Vasily se esfuerza siempre en no cortar ramas si es que se pueden encontrar caídas o restos de árboles secos. Incluso sé de buena fuente que se ocupa de sembrar un nuevo árbol, cerca de donde se ha visto obligado a cortar alguno. Hacia mediodía oramos junto al arroyo, sentados en las piedras que el sol había calentado un poco. Todo esto lo hicimos en silencio. No hablamos desde que salimos de la ermita y sin embargo me sentí más comunicado que cuando conversamos.

Al regreso, arrojó semillas a las aves, que en decenas se agruparon en torno nuestro. Me acordaba yo de la biografía que supe leer de San Serafín de Sarov unos años atrás y agradecí al Señor estar viviendo algo similar y contar con un maestro espiritual tan parecido al

santo aquél en su devoción, soledad y silencio interior.

Me convidó una sopa de arroz, que increíblemente tenía buen sabor y continuamos charlando más cerca del fuego.

_Bueno, ¿y cómo va?, ¿mejor?

_Si hermano, no estaba mal cuando vine, pero ahora me lo parece al juzgar la diferencia con el estado que tengo ahora. Si, siento como si me hubiera liberado de la mente, creo que tendré a que argumentos acudir cuando me ataque con sus perplejidades.

_Agradecemos al Señor. Son todas armas de utilería, equivalen a balas de salva los contenidos de la mente, si se los encara con atención y oración. Atención para comprender los mecanismos que la rigen y oración para desapegarse de ellos. Más que discutir hay que desapegarse. Yo te argumenté un poco, como te dije, para darle un hueso que roer, pero lo mejor es ver pasar los pensamientos como nubes en el cielo, sin darles

importancia y permanecer abocados a la oración interior.

_Hay un algo más que me queda con ese tema, antes de pasar a otro si me permite. Sucede que han salido unos libros que están medio de moda, sobre la inexistencia de Dios, que se venden mucho y que prenden bien en cierta capa social... yo creo en Dios Padre y de eso no duda mi mente... sin embargo no se bien que argumentar con algunos amigos que me hablaron del tema el otro día en una reunión familiar, es muy fuerte la tendencia a ver a Dios o a la creencia en Dios como un arcaísmo, una antigüedad.

_Depende en que ambientes. Es cierto, tiene cierto prestigio ser ateo hoy en día, como que nimbara al sujeto de un halo de científicismo, de autosuficiencia, como de fortaleza moral... es muy gracioso. Bueno, muchos adhieren por esa razón. Sin saberlo se hacen ateos porque les mejora un poco la imagen, es como un maquillaje que le sienta bien al ego. Y

bueno, ya va a pasar, no hay que oponerse a eso. Si alguien dice que no cree, no cree y ya. ¿Qué problema hay? Evangelizar no es andar buscando votos o adeptos que engrosen las filas partidarias; evangelizar es antes que nada, vivir el evangelio. ¿No te parece?

Claro, quizás si tu conducta es coherente, se interese alguien por aquello en lo que crees, por lo que te hace comportarte como te comportas. Pero oponerse solo sirve para que el ego del otro se fortalezca, y apoyándose en ti, crecer en su cerrazón. Si te opones, se afirma el otro.

Ahora, si se trata de alguien con quién tienes buen diálogo y que se va a poner a escuchar lo que dices, puede ser interesante que le comentes tu forma de ver las cosas, porque puede servirle a él, no porque El Señor necesite adeptos. ¿Me explico no? Porque esa fiebre de sumar gente es muchas veces más un componente del ego que del evangelio; como si se estuviera corriendo una carrera entre

diferentes religiones para ver quién tiene más fieles. Es una contaminación sufrida desde el mercantilismo tan en auge. Un modo consumista de expandir la religión, como si de abrir sucursales se tratara el tema. Ahora, en el caso de un buen amigo o de alguien genuinamente interesado en estas cuestiones, yo no defendería los antropomorfismos sobre Dios, ni sus manifestaciones en la historia, sino más bien su existencia como principio universal.

Es decir, que aun cuando se adhiere a la teoría del *bing bang*, ha de admitirse que esa concentración de materia y energía, que sería la que da lugar a la explosión inicial, no puede haber surgido de la nada, sino que necesita un principio. Puedes decirle que a ese principio de lo existente le llamamos Dios.

—Si, yo acuerdo con eso. Sin embargo me dicen que yo reemplazo el *bing bang* por Dios, pero que estamos en las mismas en cuanto a que de donde se

originó Dios.

_Bueno, es que precisamente, no se puede concebir que aparezca materia y energía concentrada desde la nada como estado previo; y si puede concebirse, que una descomunal inteligencia y voluntad, que un Ser demasiado grande para que podamos abarcarlo, haya puesto en marcha el universo. Es importante esto de lo que se puede concebir, porque está a la base del pensamiento científico y sin embargo cuando se tratan de cosas a escala cósmica, ellos parecen no hacerse problema por los orígenes de todo lo existente. Porque cuando hablamos de Dios, como idea, como concepto, estamos hablando no solo del que concentró la materia prima para la explosión inicial, sino del que creó el espacio mismo donde pudiera manifestarse la existencia de esa explosión con todo lo que contenía.

_Claro, entiendo. La creación del espacio mismo.

_Del espacio, del tiempo, de la

percepción, del observador, de la energía y de cualquier otra cosa que se pueda pensar, de todo lo existente. Por eso, siguiendo la terminología de los filósofos, la existencia de Dios, me parece apodíctica*, no solo incontrovertible, sino que no me puedo imaginar la realidad sin Él, no puede concebirse.

_Bueno, hay quienes sí pueden.

_Me parece que no. Pueden imaginarse hasta el bing bang y allí se detienen en sus preguntas y por eso pueden concebir de ese modo. Pero en ese caso no llegaron hasta el origen, se detuvieron antes. Tienen que seguir preguntando para llegar a lo apodíctico, a lo irrefutable. "Todo empezó cuando..." está muy bien, no lo discutamos... pero, ¿cómo fue que empezó?, como es que puede algo venir a la existencia.

Allí se abre un enorme campo de misterio si lo abordas por vía intelectual y permanecer en esa ignorancia genuina, es lo único que

puede hacer el intelecto con aquello que lo abarca. Porque tampoco se podrá responder lógicamente, pero si es legítimo llegar hasta lo último y en este caso a la ignorancia suma, lo que no se puede conocer. A ese enorme espacio desconocido le llamo Dios, la suma de las potencialidades. Por supuesto si me mantengo por el camino del intelecto desnudo.

En cuanto al camino del corazón en mi caso fue por el encuentro con certezas indemostrables intelectualmente, pero certezas de calidad subjetiva, que vienen a completar muy acabadamente las necesidades interiores. Dicho de otra manera, en ciertas emociones, en la calidad e intensidad de ciertos sentimientos, he alumbrado la convicción más profunda de que Dios existe; no solo ya como principio organizador y creador de todo lo existente, sino como Amor puro.

Mi camino empezó a través de la belleza. A mí me maravilló siempre la

belleza. Me deslumbró. No entendía muy bien que venía a hacer la belleza en medio del mundo, como era que podía manifestarse en medio de tanta miseria. Te hablo de mis tiempos de juventud. Y percibía lo cotidiano como un área gris, habitual, medio inanimada a causa de las rutinas, un campo de enorme chatura... y percibía la tragedia, el dolor, la miseria, la enfermedad y la agonía, la decrepitud, la maldad, la violencia.

Eso salía de la mediocridad, era la vida dura, el lado oscuro de la existencia. Y allí estaba, viendo lo gris y lo negro. Lo gris era lo más habitual y menos mal me decía entonces... y un buen día percibí la belleza. Pero no como uno puede mirar una flor, distraído o incluso admirado, pero permaneciendo en el mismo rango de vibración. Me pasó que me golpeó la belleza, resquebrajó mi mundo, era una belleza que me hería porque era muy bella, apabullante. Imaginate un mundo gris y negro que de repente

innovara con algunas notas de color. Descubrí por cierto, redescubrí, las flores y las aves y las nubes y las estrellas y la luz y el agua y el viento y todas las manifestaciones de la naturaleza, pero de un modo totalmente nuevo.

Como si mis ojos fueran capaces de gran nitidez y precisión y asistí embobado a la presencia del amor de Dios en el mundo. Porque aunque después comprendí que su amor está en todo lo existente, yo lo vi en la belleza, no es que lo comprendí, lo vi, "pude mirar su rostro en lo bello". Fue una gracia enorme. La cualidad de lo bello muestra una realidad diferente que atraviesa a esta, como si el cielo penetrara en la tierra y la inflamase de amor.

No pude sino amar al arquitecto de semejantes creaciones y me dirán lo que quieran de la evolución y me presentarán a la flor como emergente adaptativo de reproducción y lo que quieras, pero yo sé en mí, que ese es

Dios mostrándose y amando al hombre y no necesité más demostración que esa.

La belleza tiene el atributo de lo armónico, de lo ordenado, de lo pulcro, de lo perfecto. La belleza es lo perfecto inmejorable, es la máxima expresión de algo en lo que le atañe, en su campo de expresión te diría. Esto último que te digo es lo que luego, de a poco, me fue llevando a ver la belleza en cualquier manifestación. Pero eso es más complicado y lo vemos después; lo central es lo que te he dicho, en mi caso... o sea que la expresión de la máxima potencialidad vendría a ser lo más parecido a Dios en el mundo de todos los días. El principio de la perfección. Todos vemos cosas, más lindas, más feas e incluso verás que hay cosas no culturales, no te hablo de la belleza del parámetro cultural y de la época; hablo de la belleza que es considerada tal en toda época y lugar. Eso es lo que el ser humano coincide en cuanto a bello, responde a ciertos

principios que están inscriptos en nosotros.

Siguiendo con el ejemplo de la flor. En toda época, lugar y cultura, una bella flor es reconocida como tal; por pobres y ricos, malos y buenos, viejos y jóvenes... tú les muestras, le haces ver y te van a reconocer que es algo bello.

Porque hay algo en el modo de ser la flor que coincide con algo en el modo de ser humano; hay un espacio en nosotros que permite el reconocimiento de la belleza. Hay en nosotros un espacio de armonía y orden y perfección que es lo que va a permitir reconocer eso fuera de nosotros mismos, en el mundo. Por eso te digo... re-conocer, porque es un volver a conocer lo ya conocido, que habita en nosotros, como presencia o como potencia, pero está.

Lo bello universal es tal porque nos completa, llena nuestro espacio de armonía y nos engancha con esa vibración, nos posibilita a su vez, acercarnos nosotros a esa perfección. Y

la perfección es Dios.

Yo sé que no puedo transmitir con precisión el momento cuando el hermano Vasily me habló de la belleza, porque aunque repita sus palabras, no puedo mostrar su gesticación ni transmitir lo que sentí en esos momentos a su lado. Estaba radiante y sereno, pero como henchido de gozo, se veía realmente como alguien que ha tenido un encuentro con Dios. Me parece un hombre marcado por esos encuentros y que esa huella lo ha transformado profundamente y para siempre.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

ENTRE LA FE Y LA RAZÓN

Como casi siempre, la primera señal de la ermita distante la daba el humo. Era una pequeña columna, lenta y ondulante, que se elevaba encima de los pinos y que me hacía sentir más cerca de casa, como acercándome al verdadero hogar.

Hermano Vasily como le gustaba ser llamado en lugar de “Padre”, alimentaba el hogar casi de continuo en cualquier época del año. Sospechaba ya entonces, que se trataba más de mantener encendido el fuego votivo de la alabanza, que de calentar la ermita, de por sí bastante abrigada por la piedra con la que fue construida. Ya casi llegando me regocijé anticipando el encuentro y susurré la oración con más fuerza.

En el pequeño espacio libre de árboles donde se encuentra la celda, no

se oye sonido alguno y el piso está limpio de los restos de las coníferas, como recién barrido. Según habíamos acordado en anteriores encuentros, no golpeo la puerta, solo paso y me siento en un pequeño taburete, cómodo. Espero silencioso y abrigado mientras lo miro, extático, con la vista en el ícono del Salvador, iluminado levemente por una vela cercana ya agonizante.

Al rato se da vuelta y se yergue ágil, como joven, y me abraza cariñoso. Yo siento desaparecer todo rastro de desamparo, me siento como me imagino debía sentirme cuando niño, en brazos de mis padres.

Silenciosos ambos, sonreímos y nos santiguamos, como inaugurando el encuentro. Coloca un jarro en el fuego, que aviva con unos leños y me pregunta si quiero un té o un poco de yerba mate. Elijo el té y saco del bolso un frasco de miel que le traigo de regalo.

_Como siempre hermano, le traigo

unas preguntas.

_Como siempre amigo, estoy dispuesto a responderlas si el Señor me asiste con su gracia.

_Me alegra mucho verlo hermano...

_A mí también. Te veo cada vez más tranquilo aunque a vos no te parezca tanto.

_No, es cierto. Estoy mucho mejor, la oración me va consolando sin que me explique bien como.

_La oración te consuela a pesar de los intentos que hace tu mente de molestar, buscando explicaciones.

_Es cierto, es cierto, así es realmente.

_Bueno. Pregunta entonces tranquilo que tenemos todo el día.

_Si, ya que tocamos el tema podría empezar por ahí, por el tema de la fe y la razón, que era algo que tenía pensado plantearle.

_¿Cómo es el planteo?

_Es como que la mente interpone objeciones a mi acercamiento a la

oración, a mi asistencia frecuente a misa, me dice que me estoy refugiando de mis temores, que estoy armando una mitología para hacerme la vida más llevadera... que Dios no precisa de mi oración... y que Él siendo inmutable como Es, no va a cambiar nada de lo predestinado por el hecho de que uno le haga oraciones y así cosas por el estilo. Realmente me quita mucha devoción cuando esas dudas me asaltan y me hacen a veces muy árida la liturgia.

_Vas a tener que recordar un poco... ¿Por qué volviste a asistir a la misa, que habías abandonado durante muchos años? ¿Por qué un día te confesaste, cosa que no habías hecho tampoco durante mucho tiempo? ¿Cómo fue que te acercaste tanto hasta este lugar y cómo es que te pasas contando los días hasta poder cumplimentar las condiciones que te permitan venir a vivir a esta soledad?

_Hermano usted sabe mi historia; ¿por qué me lo pregunta?

_Me refiero a que no es por alguna teorización, ni por una conclusión científica, ni porque habiendo armado una sólida construcción intelectual, te has volcado hacia la religión. No ha sido así.

_No claro. Fue por necesidad, por fracaso, porque no encontrando lo que buscaba en ninguna parte, lo busqué de nuevo en Dios, como en mi juventud.

_Sentiste el impulso ¿no es así? El deseo de estar en oración, recogido y delante de la cruz, ¿te acuerdas? Eso me lo contaste y me acuerdo bien.

_Si es así.

_Bien. Primer punto: El acercamiento a la experiencia religiosa no se inicia desde el intelecto. Puede continuar y expandirse a todas las partes del ser cuerpo mente, pero empieza en el calor del corazón. Es un impulso cordial, que inexplicablemente o a pesar de las explicaciones nos lleva hacia lo sagrado, lenta pero irrevocablemente. Eso amigo, se llama la gracia del

llamado del Señor.

_Sí, me emociona. Sobre todo cuando me acuerdo de cómo pensaba y en donde me encontraba actuando y... no sé, era distinto. No es un derrotero lógico.

_Claro que no, no responde a la lógica convencional. Un fuego en el corazón, que al principio es suave y que llega, de a poco, a arder consumiéndose al ser entero en lo sagrado; ese fuego es un llamado, una forma de manifestarse en nosotros el acercamiento de lo divino. Una forma de Ser lo Divino en el mundo. Es en cierto modo, una nueva encarnación, en cada ser humano que lo vive.

_Pero y entonces hermano, ¿porque a mi ahora, se me aviva toda la devoción de nuevo, con solo acercarme a la ermita para conversar; pero después, la aridez en que me deja el intelecto a veces, hace que mi vida religiosa sea como parcial o ambigua, como si no pudiera disfrutarla plenamente por esas dudas?

_Está bien. Cuando uno ha seguido al impulso de búsqueda y se ha acercado a la sensación de lo sagrado, no viene mal darle algún hueso a la mente para que se entretenga y no moleste. Igual que a nuestros hermanos los perros.

_¿Cómo es eso Padre, que quiere decir?

_Qué se puede intentar una explicación para que la mente tenga un armado que la deje en paz y entonces no perturbe la oración.

_¿Cómo sería?

_Todas las dudas que surgen se deben a oposiciones. Si esto es así, aquello debería ser asá y si esto no es así entonces lo de más allá. ¿Viste? Es como una serie de platos de balanza que se van alineando o desalineando. Por ejemplo, ¿Para qué si Dios es Omnisapiente necesita que le diga lo que necesito? ¿Para qué mandó a su hijo si de todas formas él podía limpiar el pecado del mundo con un solo acto de Su voluntad? O mejor, ¿Para qué permitió o creó la posibilidad del

pecado siendo que podía crear un mundo edénico sin transgresión? Y así podemos seguir mucho tiempo. ¿Si todo se debe a Su gracia entonces que papel cumple mi voluntad? Y entonces, ¿si pecco es porque él me quitó su gracia? y así siguiendo... ¿no es verdad?

_Si hermano tal cual. Es como si se hubiera metido en mi mente y la leyera en los momentos de aridez.

_No, me he metido en mi propia mente y en la de todos, porque todas las mentes tienen una estructura similar. Si revisas el motor de un auto o de otro verás diferencias, pero la estructura es la misma. Tienes que considerar varias cosas. Una se refiere a que cada sentido y aparato del organismo percibe una franja de realidad determinada, y que además, la organiza según su forma de funcionar. Entonces el resultado de esa percepción y organización puede no ser parecida o ser disímil con la percepción y organización de otra

persona. Veamos. Si te palmeo el hombro, tu piel percibe una presión discontinua que se repite cíclicamente durante un intervalo de tiempo.

—¿Cómo? Ahí sí que me confundió.

—No, espera, ten paciencia. Tu piel, solo tu piel, si la abstraemos del contexto en que se halla; solo percibe una variación de presión en su superficie, percibe que aumenta la presión cuando apoyo mi mano y que disminuye cuando la retiro. Pero para el aparato de memoria, encargado de guardar información, se hace previsible la repetición de la palmada, porque ya la ha vivido en anteriores ocasiones. ¿Lo ves? Pero no para la piel, que solo percibe diferencias de presión y temperatura. A su vez, tu zona emotiva, tu centro emocional digamos, percibe la calidez afectiva de la palmada, sabe que es una muestra de aliento y de afecto. La recibe bien, conforme. Tu intelecto en cambio, organiza la percepción desde el mismo hecho de decir que eso que golpea es

una mano, que lo que te quiero decir es tal o cual cosa, duda si te palmeo por esto o lo otro, se pregunta si deberías responder de algún modo... y siguiendo...

Eso te quise decir con lo de que cada aparato y cada sentido a su vez, organiza las cosas según su modo. En ocasiones, ojalá que siempre, esos aparatos se coordinan y simultáneamente convergen y entonces uno siente pleno acuerdo en el cuerpo y la mente. Es como una ayuda a la paz del espíritu. Si la mente no duda, si el corazón vive en la fe, el cuerpo se relaja, todo ayuda. Se coordinan todas las partes.

Se produce una unidad. Y está bien que busquemos esa unidad, porque viene a cumplir la función de cuando uno limpia la habitación; todo se hace más fácil y agradable, todo está ordenado. Pero hay que aprender a convivir con el desorden, porque hay momentos en donde no va a poder estar todo en su lugar, e incluso te

digo, no conviene que esté todo ordenado, porque a veces el desorden precede a la transformación y al cambio.

Es igual que cuando pintas una casa y la redecoras. Tiene que producirse un desorden, porque de otro modo no es posible reorganizar la vivienda. A mí me ha pasado, de vivir enormes períodos de aridez, solo para descubrir y gracias a eso, que hacía oración para sentir cierta sensación placentera y no motivado por un acercamiento genuino al Señor. En la aridez, descubrí que me seguía acercando, que seguía orando y que lo iba a seguir haciendo aunque nunca llegara la devoción cálida y luminosa; porque lo que buscaba era al Señor y como este quisiera manifestarse y no mi placer personal. ¿Me entiendes?

_Si hermano, ahora sí, totalmente.

_Pero sin la aridez no iba a poder descubrir eso. Lo que hemos dicho otras veces, que no hay mal que por bien no venga, resultando así que el

mal no era tal. Entonces si hay unidad entre todos los aparatos de la mente y del cuerpo, bienvenida sea y si no la hay también porque para algo servirá esa desarmonía. Si no bajara la temperatura, todos los años en cierta época, no podrían producirse ciertos procesos necesarios para los vegetales y animales y para el planeta en general ¿no es cierto? Pero la piel te va a protestar por el frío, se va a quejar.

Entonces, el corazón, la intuición, el órgano a través del cual sentimos en el cuerpo con más facilidad el espíritu, es el que primero se acomoda a la gracia y se sumerge en su calidez. El corazón tiene razones que la razón no entiende es algo muy cierto. El corazón se ve atraído a la oración, al silencio, al recogimiento y luego, al tiempo, el cuerpo le sigue, empieza a hacerse conducta lo que pide el corazón.

Pero la mente ni de cerca. Que esto y lo otro y lo de más allá. Yo no me pondría a tranquilizar a la mente con mucha teología o cosas por el estilo

sino con esta comprensión; que conducta, corazón e intelecto son aparatos con velocidades diferentes y con funciones diferentes y darle tiempo y confianza al organismo para unificarse.

Porque fijate, toda esta cuestión de lo que hizo y no hizo Dios y de lo que debería hacer si sus atributos son estos o los otros y de si sirve esto o no o si hay un error aquí y allá... todo eso no sirve porque todo lo que pueda estructurar la mente es parcial, sumamente limitado e inexacto. ¿Tu sabés que el conocimiento se articula en base a la memoria, a estímulos, a intereses y a franjas de percepción... entonces no es muy de fiar, no hay que darle mucho crédito.

_Dígame más acerca de eso hermano.

_¿Sabías que lo que llamamos color puede verse solo como una vibración distinta de la materia? O mejor dicho, que según el punto de vista de los científicos, de los físicos, eso es el color?

_Algo escuché por ahí una vez.

_Bueno, pero para uno es una hermosa flor amarilla. Pero parece que el sentido del ojo la ve amarilla, que amarillo no hay en ningún lado, el sentido la organiza, la percibe así, ¿me entiendes? Además tu memoria, asoció desde niño cierto sonido a esa percepción, entonces dices: “Flor”. Mueves tu boca de cierto modo y pasa cierto aire por tus cuerdas vocales y entonces decís “flor”.

Entonces, algo vibra allí afuera de tu cuerpo y el sentido del ojo más el sentido interno organizador llamado mente convergen y dicen: “Eso es una flor amarilla”. Bueno, muy bien, yo no digo que lo dudes, pero tampoco es para darle tanto crédito, porque en otro país hubieras asociado otro sonido en lugar de la palabra que aquí usamos y si tuvieras unos ojos de perro no verías esa vibración como amarillo sino como gris, parece.

_Sí, claro, se me hace mucho más entendible ahora.

_Por lo tanto hay que tener esto en cuenta cuando se presentan objeciones a la religiosidad desde la mente, en cuanto a la lógica de una cosa o de otra. El valor de la religión no es lógico. El valor de la religión está en su poder de redención, de transformación del corazón del hombre. El valor de la religiosidad es la posibilidad que brinda al ser humano de trascendencia.

Seamos claros amigo: si lo que buscas con la mente es “la verdad”, debes saber que Dios no puede conocerse, que de Él nada puede saberse, que nos es infinitamente lejano en cuanto a las posibilidades de nuestra mente. Abordar a Dios con la herramienta mental es fatiga vana. A lo único que puede llegarse es al convencimiento mental de la necesidad de la existencia de Dios. Pero abordar a Dios desde el intelecto es como querer entender el amor desde la uña del pie. ¿Cómo podríamos conocer algo de aquello que nos abarca absolutamente? El oído

percibe cierta franja de sonido, el ojo advierte solo cierto rango de luminosidad; y así como no vemos lo microscópico sin ayuda de aparatos, no podemos percibir a Dios sino en el corazón. El corazón es la antena receptora de Dios y la oración, los actos litúrgicos, la ascesis, los iconos, las peregrinaciones y todo lo demás, son instrumentos que ayudan a que se perciba esa brisa suave que nos obliga a taparnos el rostro sobrecogidos.

No existe la divergencia entre razón y fe. Existe la fe y la razón que haga lo que quiera.

“¡Pero señor usted es un irracional! ¿cómo va a andar creyendo esas cosas que cree?” podría decir alguien. Sí, totalmente irracional. ¡Creo en la divinización del hombre por obra de la gracia, por obra de un hálito sagrado que sopla donde quiere! Pero, curiosamente, esta irracionalidad, ¡no me preocupa! a usted le preocupa, a mi me hace feliz.

Imaginate... ¡querer saber cómo es el

Creador de todo lo que existe! ¿Y cómo podríamos? limitados como somos. No es posible para la rodilla conocer el funcionamiento general del cuerpo humano, ni su sentido, ni su fundamento, ni nada, apenas algo de cómo funciona esa articulación. Pero si puede la rodilla trabajar como debe, haciendo lo que sabe hacer y recibir la savia vivificante, la sangre que le envía el cuerpo para que cumpla su función.

Así que te digo, yo no sé cómo es Dios, ni sabré resolver muchas de esas contradicciones entre las dudas y las aserciones del intelecto... pero sé que Lo amo y que ese amor me llena y que inexplicablemente da sentido a mi vida.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

EN LÍNEA CON SU VOLUNTAD

Había fuerte tormenta. El viento me parecía por momentos amenazante. Permanecimos dentro varias horas. Vasily, lo más tranquilo, lijaba una madera en la que luego pintaría un icono de la Madre de Dios. Se suscitó un interesante diálogo que he reconstruido en base a las notas que tomé y a la memoria de frases que me impactaron y esclarecieron.

_Todo ocurre por su voluntad o como resultado de las leyes que Él ha creado. La existencia que tenemos es Su voluntad y los aconteceres que en ella vivimos derivan de Su voluntad o de nuestras acciones interactuando con esos aconteceres.

_Pero a esta altura de mi vida vivo seguramente lejos de Su voluntad, Mi propio interés se ha sobreimpuesto muchas veces en medio de los sucesos.

_Sí. Por eso, lo primero que debes hacer si quieres adecuarte exactamente a la intención divina, es *dejar de hacer*. Ya no intervenir en aquello que no te requiera. Es simple. Las cosas van pasando, ante tus ojos se van suscitando una serie de hechos, de eventos. Gente que hace o dice cosas, aconteces muy diversos que ocurren. Debes permanecer concentrado en la oración interior y no intervenir. No dejar que tus deseos traten de modificar lo que acontece. Si permaneces atento, notarás que ante cada suceso estas deseando algo. De cada cosa queremos algo, de cada persona; que se calle o que hable o que haga esto o aquello y esos deseos se manifiestan en nuestro actuar en cada momento. Siempre lo que deseamos que ocurra se filtra en lo que hacemos, estamos tratando de que pase lo que nosotros queremos que suceda. Por lo cual te digo que no hay nada que hacer. Nuestro deseo único ha de ser no obstaculizar Su voluntad, no intervenir tratando de adaptar la

realidad a nuestras apetencias. *No hacer, porque nuestro hacer es deseoso, egoísta, manipulador de la realidad para nuestros fines.*

_Pero entonces, ¿cómo vivir? Porque la situación es que a cada momento los hechos de un modo o de otro me requieren, piden que yo intervenga.

_Veamos. Hay distintas posibilidades. La primera es que los demás se dirijan a mí, me pregunten algo o me ordenen algo, situaciones por el estilo. La realidad por así decirlo viene hacia mí.

Otra situación se relaciona con momentos donde nadie se dirige a mí, pero los hechos parecen reclamar mi intervención, como si desde mi propio interior surgiera una urgencia por intervenir que de algún modo siento legítima. Supongamos por caso que observas a una persona que está por dañar a otra.

Y existiría una tercera posibilidad que se manifiesta cuando ni me requieren, ni algo en mí pide intervenir. Quedo

ajeno sin dificultad.

En los tres casos actúo teniendo en cuenta la presencia de Dios. Respondo sabiendo que Dios me escucha, me mira, está junto a mí. No me refiero a actuar por temor a su castigo, ni para recibir recompensa; me pongo aparte de todas esas caracterizaciones humanas, de todos esos atributos que nosotros proyectamos sobre Él; simplemente actúo atento a Su presencia.

Porque aunque mis sentidos no lo perciban habitualmente, aunque no siempre siento lo sagrado a mi alrededor, sabemos que Él está. Porque si dejara de sostener nuestra existencia un solo instante esta desaparecería.

Debes actuar ante el principio más elevado de tu propia conciencia. Como si dijéramos... si fueras ahora el mejor que has soñado ser, el mejor que quieres ser, ¿cómo actuarías? Es lo mismo. Si Cristo mismo estuviera sentado aquí a un costado, ¿de qué modo respondería yo a este

requerimiento? Imagina que estás ante Aquél que es el origen de todo lo existente... la sustancia madre del universo, ¿no pondrías lo mejor que tienes en la acción, como acto de agradecimiento?

Siempre comportarme teniéndolo sentado en la habitación, en Su presencia. Porque actuar como uno cree que a Él le agradaría es actuar como nos agrada a nosotros en nuestro ser profundo, detrás de la capa de deseos que nos manipulan.

Ya sabemos nosotros que nada sabemos de Dios, que somos muy pequeños para saber de Él, que se encuentra en "La nube del no saber" ¿verdad? Suponemos que no es como nosotros somos, bipolares, que padecemos agrado y desagrado, enojo o alegría; suponemos que está mucho más allá de eso y lejos de nuestra comprensión. Pese a ello actúo tratando de agradarle, devolverle lo mejor que tengo.

Por eso, debemos vivir aceptando la

existencia en la que nos ha inmerso, en la que estamos sumergidos y dejar que en ella se manifieste completamente Su voluntad. No es difícil. *No hago nada que a mí se me ocurra y cuando debo actuar impelido por las situaciones, lo hago atento a Su presencia.*

En el segundo caso, cuando el impulso para actuar deriva de mi propio interior y no puedo discernir si ese impulso se corresponde o no a Su voluntad, ¿qué hacer? Porque pueden darse situaciones en las que aun poniendo al Señor como medida, no resuelvas. Son casos en los que te parece que una y otra opción son como neutras, dudosas, no puedes afirmar nada.

Lo que te sugiero en ese momento es poner en marcha alguna acción de acuerdo al impulso que te motiva y luego esperar. Es como si tomaras muestras para revisar. Activas la iniciativa y descansas, esperas para ver lo que se ha producido. Si las cosas empiezan a desarrollarse

favorablemente sin demasiado esfuerzo, tienes el indicador de que este requerimiento interno era acertado.

En suma: actuar en la Presencia de Dios, orando continuamente y sin hacer según nuestros deseos. En el caso de una fuerte moción interior, activar un poco y observar, no forzar las cosas.

Y esto viene a permitir el reacomodo de la propia vida a la intención de Cristo. Porque si tus deseos han construido circunstancias que son resultado de tus particulares apetencias, mantenerte en esta conducta que te digo va a restablecer tu dirección hacia donde fue destinada. Llevará más o menos tiempo, pero todo se va a ordenar como fue ordenado en su origen.

_Si, está muy bien y es algo muy aliviador ubicarse allí. Quisiera que me hable un poco de esas leyes con que el mundo está hecho y con las cuales nos vinculamos a través de los deseos y un poco de la oración también.

_También es muy simple. Supón que intervienes en una situación como resultado de tu ambición, eso tarde o temprano no te va a servir, no va a resultar. Lo que ambicionabas no va a salir bien o algo vendrá a salir de modo que lo ambicionado, aún logrado, no te va a satisfacer.

Las cosas están hechas de manera que aquello que pongas recibas. Uno siembra lo que lo motiva y cosecha según eso. Si actúas por temor cosecharás temor, si desconfianza, eso recogerás. El hacer ideal es el hacer por amor, pero eso implica una ausencia de egoísmo de la que estamos lejos, por lo cual, actuar solo en Su Presencia viene a ser lo mejor para nuestro estado ambiguo en esta tierra.

El ejemplo más fácil que me viene a la mente de acuerdo a mi propia experiencia es este: El que quiere quedar bien, queda mal. En cambio, si actúas por un motivo superior y te desinteresas de cómo quedes ante los demás... Todo lo que hemos sembrado

con la semilla de nuestros deseos, es mala cosecha por venir. Apartarnos de todo eso, no ir a cosechar; permanecer sin hacer o cuando debamos hacer actuar en Su presencia, corregirá rápidamente tu vida.

Lo único que debemos hacer en cada momento es orar. La oración continua e ininterrumpida o retomada cuando nos damos cuenta de haberla interrumpido, es nuestra verdadera construcción. Sea que te encuentres en la circunstancia que te encuentres debes mantener la repetición interior del nombre de Jesucristo o la forma de oración a la que estés habituado.

Solo debes darte cuenta de que no hay nada que hacer con la mente. Ella resulta de los movimientos del cuerpo y de los deseos múltiples y en eso anda siempre. Casi todo lo que hace es analizar cómo obtener más placer.

Por eso la oración continua silencia la mente y cuando ella se silencia podemos sentir y escuchar al Espíritu

Santo, que siempre está con nosotros. No creo que el Espíritu se manifieste cuando rogamos lo suficiente, sino que de tanto concentrarnos se silencia nuestro ruido interno y entonces podemos escucharlo. Y ya actuar en Su presencia deja de ser un recurso para ser una sensación viva de lo sagrado envolviéndonos.

Reza siempre hijo, repite todo el tiempo el Santo Nombre y verás que el jardín del edén está aquí mismo y que El Señor camina por el y que podemos escuchar sus pasos.

_Bendígame hermano! dije, arrodillándome y bajando la cabeza.

_¡Que el señor Jesucristo te proteja y te guarde siempre!

DE VISITA EN LAS ERMITAS

Según lo acordado, seguiré al Superior adonde vaya, permaneciendo en silencio dialogaré con él en los momentos que me indique. Tengo libertad para tomar notas.

Luego del aguacero, llegamos a su celda. Después de orar un rato ante el icono de "La Crucifixión", comienza a trabajar sobre otro que estaba cubierto en la mesita lateral. Aunque está apenas esbozado, me parece reconocer las líneas de "La Resurrección".

Su trabajo, me queda claro ahora, es liturgia. La precisión de los movimientos, la reverencia en la mirada, los labios que se mueven apenas perceptibles; sobre todo la lentitud, esa manifiesta parsimonia que evidencian todos ellos, hace cúspide en el Superior.

Aquí no hay apuro porque no hay

ansiedad, ellos están “en casa” y no van a ningún lado, han llegado ya.

El manejo de los óxidos, el arreglo de los pequeñísimos pinceles, el preparado de la madera... todo se reviste de sacralidad, reforzada por las asiduas genuflexiones que realiza el monje. Observo que no tiene ante sí modelo alguno; interrogado luego sobre esto me dijo:

“Antes de comenzar un icono, este debe estar impreso en uno. Esa imagen ha de ser una internalización y no solo una memorización. Si uno va a buscar la salvación mediante este oficio santo, debe crear un espacio interior de silencio, donde la morfología sagrada pueda vivir”.

Yo rezaba un poco, tomaba notas, leía y observaba. El monje alternaba oraciones con iconografía. Luego de varias horas tuve oportunidad de preguntarle algunas cosas más en extenso. Le interrogué acerca de cómo era posible llevar semejante tipo de vida. Le explicaba que, según mi entender, a la gente le parecería

insufrible una vida con tan poca “diversión”, tan austera y retirada.

Me dijo que los que estaban allí lo hacían guiados por un particular gusto. Que la vocación se manifiesta como una atracción, como un anhelo y un creciente amor por eso a lo que uno es llamado. El llamado al desierto es un impulso muy específico y una de las características es que devora el ser del hombre. Comentó que los llamados al yermo no descansan hasta encontrarse en el y lo describía como un apremio gozoso.

Me impactó especialmente lo que dijo luego, respecto de la necesidad que cada eremita tenía de recibir el Espíritu Santo, para perseverar en el trabajo ascético planteado. Me comentó partes de su regla, realmente severa y dijo que sin la presencia del Espíritu Santo no era posible respetarla como es debido.

Le pregunté cómo se manifestaba el Espíritu Santo en su experiencia personal y me dijo:

“Supongo que depende de las personas,

sin embargo entre nosotros hay una experiencia similar. El Espíritu empieza a percibirse como un cambio en el tono corporal, como una sensación diferente en el cuerpo todo, aunque suele empezar siendo más intensa en la frente y las manos, en el rostro también. Es como una vibración muy suave a la vez que intensa, es como si el cuerpo ardiera sin dolor, como una fuerza que a uno lo atraviesa. Esto se acompaña de una gran tranquilidad del corazón y de una alegría profunda que se va por la mirada hacia todo lo que uno ve. Esta presencia del Espíritu se hace más fuerte y notable y hasta más gozosa mientras más quieto se esté; la agitación no hace que El Señor se vaya pero sí que uno lo sienta menos. También hay un silencio en la mente, como si no hubiera pensamiento, una disposición benévola para todo lo que pueda venir...”

Yo tomé notas textuales de lo que dijo aprovechando que lo decía despacio para ayudarme en la tarea. Me comentó después, que por esa razón, por ese gozo, que aunque más o menos intenso era permanente, el yugo era

suave y la carga ligera. Que ninguno de los que allí estaban padecía la forma de vida, que no estaban allí sufriendo en forma alguna sino todo lo contrario.

Se hizo la hora de Vísperas y salimos hacia la gruta. Estaba casi oscuro pero la luna, aunque baja todavía, ayudaba.

¡Grande eres Señor...fuente de toda inmensidad!

Diálogos sobre la Vida Espiritual

Sermón a los aspirantes

SOBRE LA UNCIÓN Y REVERENCIA

Puede haber una actitud meramente ritual o farisea, una conducta vaciada de espíritu, que consiste en la ejecución de la externalidad de un acto sin su correspondiente significación interior.

Abordamos este tema al principiar la participación en nuestra comunidad, porque debe evitarse a toda costa padecer ese modo de hacer, que termina vaciando de sentido la actividad espiritual.

Y no es algo que suceda intencional, este quedarse en la cáscara de las cosas sino que acontece inadvertidamente, como resultado de un planteo inicial equivocado.

Examinemos el caso de la reverencia.

Como habrán apreciado ya, todos nosotros nos inclinamos de manera reverente ante la Cruz que nos preside, una y otra vez, en cada ocasión que nos toca pasar frente a ella. Idéntica actitud adoptamos por supuesto ante el sagrario, en nuestro humilde oratorio.

Pero ¿qué es lo que hacemos cuando respetuosos nos inclinamos ante la figura de lo sagrado?

Lo que hacemos es expresar con el cuerpo una realidad que vive en nuestro espíritu. Sentimos reverencia, admiración, tensión de amor y dejamos que nuestro cuerpo lo manifieste inclinándose, venerando.

Y no lo hacemos por deber, o para ser vistos por otros sino porque lo sentimos justo, correspondiente. Pero puede que suceda que no se esté animado por esa disposición del ánimo, puede que no se sienta eso siempre, puede que aún no se haya encontrado la posición espiritual adecuada.

Entonces tenemos aquí una

costumbre que ustedes si desean permanecer habrán de adquirir, una forma que nos sirve de recordatorio y que nos va moldeando.

Nosotros no reverenciamos sino se corresponde a lo que sentimos y entonces, van a ver ustedes que algún monje por ahí, permanece quieto ante la Cruz, sin moverse, sin continuar su camino, quieto y concentrado.

Sepan que se halla buscando en su interior el lugar de la reverencia. Es que se ha salido hacia las cosas o se ha oscurecido su espíritu o divagando ha olvidado la maravilla de la vida.

No van a encontrar aquí si Dios nos lo permite, esas inclinaciones apresuradas, esas semi genuflexiones de compromiso, ese simulacro de postración que suele ser observable habitualmente en los templos de ciudad.

Por esa razón también les será perceptible que aquí se camina despacio, aquí no hay apuro porque la nuestra es sobre todo una labor

interior. Labramos el campo del espíritu, intentando cultivarlo, para que nazca en él la flor que no caduca, ese impulso de amor que transforma la vida en acto de adoración.

Nosotros no queremos adorar en la salmodia o en la sagrada eucaristía, ni en el oficio de las horas o durante la lectio o el oficio iconográfico; nosotros queremos adorar a todas horas, con la mirada, con el paso, con la respiración, con el servicio que nos toca brindar a los hermanos; nosotros queremos vivir adorando y para eso pedimos la gracia, convertirnos en llamas, en fuego ofrecido.

Así como el enamorado no hace otra cosa que pensar en su amada y hasta se lo llega a considerar enfermo de amor porque no puede hablar, ni pensar, ni hacer otra cosa que rondar en torno de su amada; del mismo modo queremos nosotros vivir en la devoción a Nuestro Señor, encontrando allí la saciedad completa.

Nos ejercitamos en encontrar ese

estado y particularmente ante la Cruz y el Sagrario, como especiales momentos de veneración, al igual que ante el icono en cada celda.

Nosotros decimos: El Señor está en todos lados, porque en él vivimos, nos movemos y existimos, pero nosotros no siempre lo reconocemos o sentimos. Por lo cual esos dos momentos de reverencia, que se corresponden a puntos precisos en el espacio, aquí en nuestro campo, son ocasión y recordatorio y ayuda para volver a Él, a su Presencia que no queremos abandonar.

Unos metros antes de la Cruz, varios pasos antes del altar, puede servirles repetir algo a lo que nos hemos acostumbrado los más viejos aquí, una cierta letanía, que es personal, privada de cada uno, pero que trata de hacer consciente al monje de lo que se trata.

Voy a inclinarme ante El Señor, creador de los cielos y la tierra.

Voy a inclinarme ante El Señor, origen de toda existencia.

Voy a inclinarme ante El Señor, fuente de toda misericordia.

Voy a inclinarme ante mi Dios y Señor, padre de toda hierba y de todo árbol, generador de las manantiales y de las lluvias, de las aves y las cumbres...

Y así siguiendo cada uno a su manera personal, pero siempre tomando conciencia de esas cosas que aquí en medio de la naturaleza, se nos hacen tan patentes, tan hermosas y siempre denotando la presencia de Dios en ellas.

Verán que no es difícil adorar sinceramente cuando diariamente se observan las innumerables estrellas, exquisitas, indescriptibles, puras en su luminosidad. Cuando se vive el viento cambiante, las tormentas arrolladoras, los amaneceres radiantes.

Han venido aquí por amor a Dios encarnado en Cristo, guiados en secreto por el Espíritu. Respondamos agradecidos y reverentes haciendo de nuestra vida entera un acto de

alabanza.

Ustedes saben que nos organizamos para que delante del santísimo en el sagrario, haya siempre algún hermano arrodillado en adoración.

Sin embargo no ignoramos que eso pretende ser un símbolo de una adoración perpetua, de una devoción afectuosa que debe ser llevada a cabo en el templo de cada corazón.

A eso han venido, eso es lo importante y todo lo demás secundario.

Invoquemos ahora juntos a Jesucristo, por quien se dobla toda rodilla en los cielos y en la tierra y digámosle con unción...

Diálogos sobre la Vida Espiritual

Sermón sobre la

NECESIDAD DEL ESPÍRITU SANTO

Nuestra religión es una religión del milagro, de la presencia del Espíritu Santo, de esa fuerza que primero en la actividad de Jesús y luego en la de los apóstoles, irrumpe en medio de lo cotidiano de manera extraordinaria, mutando las leyes naturales establecidas.

Leer los Evangelios es asistir a una permanente muestra del poder de Dios que actúa en el mundo transformándolo.

Jesucristo cura a los enfermos y lo hace de una manera especialísima: limpiándoles de sus pecados, porque la enfermedad del cuerpo podría estar asociada al pecado del alma, y la acción del Espíritu Santo puede trascender

incluso las leyes de la vida y de la muerte.

El cristianismo se expandió gracias a las persecuciones. El Espíritu Santo realizaba curaciones y señales prodigiosas al paso de los apóstoles, dotándoles de diversos carismas. Sin embargo, la historia de la Iglesia nos muestra la desaparición progresiva de esta acción del Espíritu Santo, aunque es verdad que hay santos y fundadores que han recibido esta gracia inestimable.

Parece que la persona receptora del Espíritu Santo necesita cierta preparación, aunque este don se da según la voluntad divina allí donde quiere, más allá de cualquier acción humana. El viento sopla donde quiere pero uno puede ponerse en posición de recibirlo.

Pentecostés no se produce inmediatamente, sino que antes hubo una oración permanente y una intensa comunión entre los primeros cristianos. También se transmite por la imposición

de las manos de los que poseen el Espíritu, aunque no a cualquiera, sino al que es apto moralmente, como se observa en el caso de Simón, el mago.

La lectura de los Evangelios de los Hechos de los Apóstoles, deja muy claro que la persona de Cristo Jesús Mesías, evidenciaba su filiación divina mediante claros signos y señales, asociadas a la curación de los cuerpos y las almas, a una purificación de los pecados.

También, que el Espíritu Santo enviado por mediación de Cristo desciende sobre los que le siguen perteneciendo, los cuales, si actúan en Su Nombre, harán los mismos signos, e incluso otros, para edificación y conversión del prójimo.

Este Espíritu se manifiesta dónde quiere relacionado con: la oración continua, la comunión apostólica, la profunda devoción a la persona de Cristo y la identificación con su redención.

El Espíritu Santo provoca

conversiones masivas, motivadas no sólo por la manifestación de signos extraordinarios, sino también por la elocuencia de los que lo poseen, palabras que penetran los corazones y los transforman, como es notorio en la tarea apostólica de Pedro y de Pablo, por ejemplo.

Pero cuando los cristianos dejaron de escuchar la inspiración del Espíritu, a medida que su vida dejaba de adecuarse a la enseñanza de Cristo, empiezan a declinar las manifestaciones de la Presencia en ellos. En ocasiones es una desviación del intelecto que da lugar a múltiples incomprensiones y en otras es una desviación de la práctica como laxitud de vida.

No en vano, los Padres del desierto se apartaron del común de los fieles, huyendo literalmente al desierto, intentando conservar vivo el Espíritu. Es posible ver en ellos, en su historia y relatos, como actuaba esa Presencia extraordinaria y salvífica en sus vidas

para bien de innumerables almas.

Mucho tiempo ha pasado desde entonces y múltiples quebrantos ha sufrido el cuerpo místico de Cristo a través de cismas y reformas, y mucha degradación muestra el mundo, dominado hoy más que nunca por la oscuridad y el pecado. Por eso, me pregunto; ¿Es posible que nuestra Iglesia vuelva a ser de Cristo? Es decir, que viva en ella el Espíritu Santo que la cohesiona e hizo expandirse en sus orígenes. Y, si esto es posible, ¿qué debemos hacer nosotros para que lo sea?

Éstas preguntas son fundamentales, hoy más que nunca, en una época donde parece triunfar el nihilismo y la alienación consumista. Porque si en un grupo de cristianos actuales irrumpiera un nuevo Pentecostés que mostrara los signos que difundieron la Buena Nueva en los principios, se acabarían las discusiones y las divisiones en las Iglesias. Ya no sería cuestión de si tienen razón los tradicionalistas o los

progresistas, de si hay que hacer esto o lo otro. Si el Espíritu Santo habitara nuevamente entre nosotros, sería una experiencia profundamente conmovedora, no solo para los que la recibieran, sino para los que presenciaran sus manifestaciones. Aunque la ciencia se ha entronizado como diosa, sucumbiría ante las verdaderas manifestaciones del Espíritu Santo.

Leyendo los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, observamos que había una conversión profunda de los oyentes por la predicación inflamada por el Espíritu, y curaciones verdaderas operadas por esa misma fuerza santa. Se curaba el alma y el cuerpo, se convertían las gentes a una vida nueva, porque los transmisores vivían la vida de dicha que declamaban, que les venía de Dios. Vivían en sí mismos la experiencia de lo Divino.

¡Oh Señor, envía tu Espíritu!

UNA FORMA DE VENCER

La paz de Cristo sea contigo.

L Como sabes, según tu pedido, me propongo escribirte, partiendo de mi experiencia, sobre la disolución de los apetitos, en cuanto y hasta donde he podido llegar en ello por Su misericordia.

Pero para eso, debo iniciar acordando contigo acerca de lo que entiendo por tal. Y no podré avanzar en el estudio de su disolución, si antes no comprendemos su proceso de formación y enraizamiento.

Cómo es que el apetito esclaviza al hombre y cómo es posible liberarse de esa cadena malsana es entonces nuestro tema en común; para lo cual invoco a Jesucristo, Señor de todas las luces, para que me brinde algo de ellas y así poder asistirte en esta hora difícil que atraviesas.

El apetito antes que otra cosa es una tensión interior.

Es un impulso que tiende hacia el objeto de su deseo. Decir apetito y decir deseo es casi lo mismo. O, en todo caso, diría que el apetito es el arco tenso, la flecha el deseo y aquello que se ansía el blanco al que se busca atinar.

El apetito se da en cuerpo y mente y enferma el alma o, si quieres, se manifiesta en el cuerpo y el alma contaminando con ello al espíritu, lo esencial del hombre.

El apetito es una sed, una herida abierta, un extremo que siempre ansía su opuesto. Pero no puede haber arco tenso, ni flecha, ni blanco anhelado sino hay arquero dispuesto; en este caso, la memoria corporal y el cuerpo mismo.

Porque poco más es el cuerpo que un amasijo de memorias múltiples.

El apetito tuvo su nacimiento en lo necesario, pero creció y se fortaleció

con la memoria del placer. Hablar de los apetitos es hablar de nuestra naturaleza caída y por tanto referirnos al pecado.

El hombre necesita agua y allí está el instinto guiándonos en su busca, pero luego de saciada la sed atesoramos el recuerdo del placer que con la saciedad vino. Y este recuerdo placentero, paradójicamente, aumenta nuestra sed, la próxima vez.

A la necesidad (la sed) le ha correspondido su objeto (el agua) y todo esto es según natura, porque incluso la memoria servirá de orientación en el futuro cuando la sed asalte nuevamente. Hasta allí hay un funcionamiento edénico, armonía con las leyes de la creación.

¿Pero cómo ha sucedido que hoy, esclavizados por inúmeros apetitos, nos debatimos para liberarnos de la hoguera de nuestras asfixiantes pasiones?

Porque, hay que admitirlo, el estado del hombre hoy es, en general,

asimilable a un revoltijo de ansias.

El recuerdo de cada placer vivido, llama como animal inquieto suplicando su repetición. Por eso sabrás, que mientras más saciedad más necesidad, contrariamente a lo que pudiera suponerse; porque este hartazgo colmado nos ha cargado con la nueva memoria de un gran placer.

El apetito se manifiesta en los sentidos, como una necesidad de estos por calmar su sed y mientras más goce de estos, más memoria reclamará hartura en el futuro.

Por eso creo, también, que a los ricos les será difícil entrar en el reino de lo espiritual, porque las riquezas dan muchos placeres y esto los carga de pesados recuerdos voluptuosos, a los cuales sirven y esclavizados andan, buscando repetirlos sin calma ninguna.

Porque hay un placer de naturaleza corporal y un placer de naturaleza espiritual, surgiendo el primero del contacto entre los sentidos y las cosas y el segundo del contacto entre el

espíritu del hombre y Dios.

Por eso es necesario liberarse de los apetitos más groseros si se quiere gustar algo del amor de Dios y abandonarlos completamente si se pretende sumergirse en Él.

El placer corporal viene de lo de fuera y hace depender lo de adentro y el placer espiritual nace dentro e ilumina lo de afuera; incluyendo en esto al cuerpo mismo, que renace, libre.

Pero, querido amigo, aún con el riesgo de extenderme demasiado, no puedo avanzar contigo hacia la disolución de los apetitos sino investigo brevemente en la naturaleza del placer mismo, que es lo que busca toda apetencia, traduciendo esta inclinación mediante deseos diversos de variados objetos y formas.

Porque, ¿qué busca alcanzar la sed a través del agua? Saciedad. Y, ¿qué cosa extraña es esta saciedad tan poderosa, que nos postra a todos a los pies de su trono?

Pacífica quietud, silencioso relajamiento, distensión suma.

Porque todos los sentidos se crispan y tensan cuando buscan, porque carecen y todos ellos se aflojan y distienden cuando dejan de buscar, al completarse.

Mira los ojos en la noche cerrada, como se abren desmesurados, tensos buscando la luz. Y el oído, aguzado al extremo, tratando de percibir el peligro en la espesura. Observa sino la lengua y la boca toda cuando a la vista del manjar se regodea. Todo en ellos es tensión anhelante.

En cambio, atiende a los ojos, cuando contemplan un hermoso paisaje, al oído siguiendo una delicada sinfonía, a la boca luego de calmar la sed. Todo en ellos entonces es distensión y quieta tranquilidad. En esos momentos, nada quieren y parecen dormidas las apetencias.

De lo cual y por muchas otras manifestaciones podemos deducir que la esencia del placer es quietud y la del

dolor inquietud. Porque no habría movimiento si algo no se quisiera. A lo placentero corresponde lo distenso y a lo doloroso lo tenso. Y esto se evidencia a todo el que con atención se observa.

Pero es propio de la naturaleza caída la afición al pecado y el buscar esa distensión que es placer, mediante el goce de los sentidos y avivando los apetitos; porque es propio de la caída haber vuelto la cabeza a los goces eternos para contentarse con los efímeros.

Hemos olvidado que el distender y el tensar, son actos interiores y no simple reflejo de lo que circunda.

Hay un modo de restablecer en nosotros la condición originaria, que requiere sin duda de la gracia y de Su inmensa misericordia; esto es de convivir con El Señor desde ya en el Reino que está dentro de nosotros, una manera de abandonar este exilio aunque continuemos todavía en esta tierra.

Porque si liberas al cuerpo de la

tiranía que lo esclaviza, si logras gustar un placer más elevado y duradero que aquel que brinda la satisfacción de los apetitos de los sentidos; comprobarás que esta esclavitud es simple costumbre y no te parecerá muy alta la cumbre del desinterés por lo corporal.

Porque no es cosa tan difícil esta conversión de costumbres si la oración está presente y la intención de encontrar a Dios es verdadera.

Observa los primeros días de tu nueva ascesis, como a la avidez de los apetitos le corresponde la angustia y el vacío en tu alma. Escruta con detenimiento esta relación, mediante la cual, saciando algún sentido pretendes olvidar la aflicción interior, que es miedo y desamparo y erráticos vaivenes que no controlas.

El vacío, la ansiedad, la conciencia del error, la angustia y el miedo a la muerte, quedan enmascarados y su ardor velado por el goce que buscas y encuentras en los sentidos.

Debes primero comprender y poder

afirmar esto por experiencia: que si no estás en Su presencia estás volcado hacia las cosas y buscando fuera lo que no hallas dentro.

Es decir, El Señor no está en tu corazón o bien, estando no lo percibes, porque está ocupada la posada por otros intereses.

La sed de Dios, es decir el apetito por Él ha de ser el más grande. Entonces es necesario hacerle lugar. Si tienes sed de Dios, debes beber a Dios y no hartarte de otras bebidas. No porque se te demore encontrarle, te embriagues de vino ajeno.

Por eso, la ascesis corporal encuentra cauce favorable si hay ansia de Dios, es decir de aquel goce que no termina.

Todos buscan el placer y también el monje y el eremita, solo que nosotros lo queremos de continuo. Goce de quietud y paz en Sus queridos brazos al abrigo de lo imperecedero.

Comienza concentrando tu anhelo de Dios, aspirando a Él con todas tus

fuerzas y reuniendo todo el caudal de tus recursos para la *eliminación de un solo hábito nocivo*.

Escoge un vicio o pecado que traiga ruindad y pena a tu vida y elimínalo para siempre.

Para lograr esto necesitas pedir la gracia con la oración, esforzarte al máximo unos pocos días y que el hábito a eliminar no sea el peor o el que más esclavo te tiene. De otro modo empezarías queriendo derribar al enemigo más grande arriesgándote con esto a perder la batalla.

Escoge solo alguna malsana costumbre que quieras extirpar de tamaño medio. Te lo digo, el resto de la ascesis saldrá con bien si logras matar a este primer enemigo.

Esto se debe a que habrá en ti una nueva memoria, un nuevo recuerdo del placer, pero en este caso de la victoria conseguida, del gozo de la novedosa libertad adquirida. Porque muchas veces no notamos la cadena y la opresión que nos hacía hasta que no

nos la quitamos.

Cuando luego de unos pocos días percibas que el hábito ha perdido fuerza y que sus reclamos son menos airados, estarás probando una mínima porción de la libertad que da El Señor a Sus hijos. Nueva libertad de la carne para consagrar la vida a la contemplación de Dios.

Este primer escalón o esta primera cadena que se habrá cortado merced a Su gracia y a tu participación esforzada, trae innumerables dones. Por eso, el último paso depende en mucho del primero.

Pero veamos con detenimiento cuál debe ser la naturaleza de tu esfuerzo para acompañar a la gracia. Al interrumpir la costumbre nociva, cualquiera sea medianamente importante, sentirás que tu vida cae en un vacío angustiante, como si perdiera todo sentido.

Aquello que abandonas te parecerá imprescindible para que las cosas puedan continuar. El hábito te

reclamará, te llamará y por mil maneras tratará tu mente de quitarle importancia a esta tarea ascética para que la dejes.

La vida ordinaria, está sostenida en hábitos, al modo de pilares; la vida de la gracia tiene en Su presencia todo fundamento. Por eso, al faltar uno de los pilares todo temblará y no será fácil. Pero cada día y a cada hora te sentirás fortalecido mientras *experimentas con intensidad aquella sensación que el hábito venía a ocultar.*

Esa inquietud que sentirás, ese desasosiego que te pide continuar con la costumbre aquella, es la emoción de la cual escapabas mediante el vicio.

El único lugar adonde ir, la única salida con sentido está en Sus brazos, que son la expresión de Su voluntad. Tu esfuerzo entonces debe estar en *no salir corriendo a apagar el fuego de la tensión interior* con el vicio que la amortigua, sino en permanecer viviendo ese dolor, conociendo su

naturaleza, ayudándote con la oración y con algún hábito nuevo y saludable que reemplace al anterior, durante los primeros tiempos al menos.

Como sabes, nuestro peregrino ruso cuenta de esa práctica bienhechora de leer el evangelio cada vez que le asaltaba el alcoholismo al capitán aquél, que se liberó luego de la ebriedad.

No cedas, porque esta es la puerta estrecha y sabes las mil gracias que detrás de ella se guardan.

Con el tiempo, menos del que crees, tendrás la nueva rutina de extirpar los vicios que oscurecen tu alma. Verás cómo te ayuda El Señor una vez que te decidiste por el camino que lleva hacia Él.

Con fuerza renovada irás abandonando deleites corporales que ahora te parecen necesarios y los irás reemplazando por prácticas espirituales salvíficas.

Pero desde el estado en que te hayas

te parece árido el desprendimiento y sufrido lo espiritual. Debes creerme. No te pase lo que a mucha gente, que leyendo la vida de los santos y aun admirándolos, se les aparece como imposible un camino donde solo ven sufrimiento. Muchos de ellos vivían en el gozo espiritual y era su yugo suave y su carga ligera.

Abandona también toda idea de mérito porque no lo hay, confía y verás que se hará experiencia en ti la quietud, la paz y la distensión, que antes obtenías por corto tiempo, saciando alguno de los sentidos.

Se restablecerá la matriz Divina, según la cual el espíritu brinda todo goce y paz y desde allí fluye hacia el cuerpo y el mundo y las cosas; y no como hasta ahora donde desesperamos por satisfacer todos los sentidos, de manera que no vaya a surgir patente y nítida en nosotros, la conciencia de la muerte y del temor y de la distancia que hemos puesto entre nosotros y Lo más querido, lo más genuinamente

sentido.

Te digo hermano y ya me voy despidiendo; que tener al cuerpo dócil como servicial compañero, brinda gran libertad al espíritu que este utiliza para permanecer en suave quietud.

Y es esta quietud sin apremios la que regala dones y primicias.

Por eso que no te desaliente el pecado cometido. En mi experiencia lo he vivido. Existe en nosotros los humanos, un increíble sentimiento, un verdadero tesoro escondido que permanece sano, sin mancha y a la espera.

Ese tesoro es accesible cuando podemos reconocer genuinamente, que la única y verdadera ansia es arrojarnos en Sus brazos como niños perdidos en el regazo de la madre, para regocijarnos en su calor y su cuidado.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

FUNDAMENTOS DE LA JORNADA

Al despertar, lo primero que debes hacer es invocar al Señor Jesucristo, del modo que puedas, con devoción o sin ella; simplemente tenerlo en la boca, repetir su nombre, mientras te higienizas y vistes preparándote para el día.

- Ignora todo sentimiento o pensamiento negativo que pueda surgir, se deben al cuerpo que aún medio aletargado se niega a servirte.

- Una vez dispuesto y adecuadamente listo, pero antes de hacer cualquier actividad que sea que hagas, busca la sensación de Su presencia. No hay nada más importante que situarte en ella.

- Hay signos claros de que te has ubicado a "Su lado". Tu mirada tiende a percibir la belleza de lo que observas, aún si no lo es desde los cánones de

perfección establecidos. Hay como una apreciación de lo bello que transcurre y una cierta percepción amorosa que naturalmente te acompañará. Sin estos signos, no estás donde debes estar para servirle adecuadamente.

- Si esto te falta, careces de lo esencial, no tendrá sentido lo que hagas. Por lo tanto sumérgete en la oración, vocal o mental o aquella por la que sientes especial predilección; pidiéndole al Señor que te acompañe haciéndote sentir Su gracia.

- Si los compromisos te impiden seguir en oración, trata de mantener la invocación en tu mente, aún en las actividades, persistiendo en la búsqueda de aquello que transforma toda actividad en sagrada expresión.

- Cuando trates con los demás, busca esa perspectiva que te permite ver en ellos lo más positivo. No hay persona por más alejada de la gracia que esté, que no tenga alguna cualidad. Aprende a distinguirla y apóyate en ella para descubrir en el otro, los rasgos

de Dios.

- La inhabitación del Espíritu Santo en nosotros es lo único que puede colmarnos, no quiere el ser humano otra cosa en realidad, aunque no lo sepa. Esa plenitud es lo que busca la humanidad en todo lo que hace.

- Por eso debes aprender a ver en las actividades de los demás tú mismo impulso, aunque en distinta etapa del camino hacia Dios.

- En suma, cuando el amor inunde tu mirada derramándose así sobre toda persona o situación, habrás llegado adonde se te espera desde el principio mismo de las cosas. Por eso, cuando te sientas lejos de allí invoca al Señor y dile: ¡Ven Señor y mira a través de mis ojos! ¡Santifica esta circunstancia!

- Recuerda a Roberto, el Abad de Ciudad de La Paz en Belgrado, cuando aconsejaba el ejercicio de preguntarse con frecuencia: ¿Quién está mirando ahora por mis ojos?

- Finalmente, utiliza el simple

método de hacer en todo, aquello que a tu Señor agradecería. Aunque sabemos que Él se encuentra más allá de toda variación y movimiento, esta consideración te servirá mucho, porque la conciencia no podrá engañarse respecto de la índole de cada actividad si lo pones a Él como medida.

- Ante cada suceso di internamente: “Bendito el que viene en nombre del Señor”; porque aunque a veces no parezca, todo acontecer viene de Él y para nuestra edificación espiritual.

- Entonces, actúa en todos y cada uno de tus pasos para agradecerle, busca en ti su mirada amorosa hacia toda manifestación y acepta cada momento como enviado para ti, por su particular providencia.

- Si haces lo que te digo, llegarás a la bahía de todos los Santos, donde recalán gozosos los navegantes de la gracia, repostando en el puerto de la impasibilidad. Podrás así continuar el viaje hasta el país del abrazo silencioso,

la región del perpetuo cobijo, allí
donde reina Cristo, en la única y
verdadera tierra prometida.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

CÓMO ORAR

Me dices que te aconseje sobre la meditación porque no te decides por ningún método y porque, aunque todavía no ves mucho fruto, persistes en repetir el Santo Nombre de Jesús. Dices que cuando estás solo te cuesta más que cuando lo invocas en medio de la actividad.

Te contesto desde mi propia experiencia en la confianza de que pueda servirte. Antes que nada, déjame decirte que si andas esperando lo que llamas “los frutos” de la oración, van a tardar en venir. Cuenta con que la expectativa es un ruido en tu mente que impedirá el acceso al gozo. Es imprescindible que dejes enteramente en manos de Dios el tema de “la cosecha”. Debes aplicarte a la repetición de la frase elegida o del Santo Nombre de Jesús poniendo tu

atención y esfuerzo en que lo que digas coincida con lo que sientas, llamando a la Sagrada Presencia y esperándola con el corazón.

Si nombras a Jesucristo, debes llamarlo como llamas a un hermano en medio del campo: “¡Hermano Raúl, ven aquí!”. ¿Qué haces cuando llamas así? Miras en su dirección y ves si te ha escuchado. Si lo ves que sigue sin percatarse de tu llamada, vuelves a llamar una y otra vez hasta que te escuche.

En tu templo interior debe resonar el Santo Nombre de Jesús y hacerse ecos sucesivos: nómbralo de forma suave, fuerte, con gemidos, con gritos; tu corazón debe ponerse al mando de la oración y desnudarse por el nombre de Jesucristo.

Centrado ante el ícono en tu cuarto o ante el sagrario en la capilla, puedes comenzar atendiendo a tu respiración, viendo cómo se calma lentamente alejándose del ajetreo del que vienes. Sin querer, casi escucharás latidos

sordos, rumores de la sangre que da vida a tu cuerpo.

Allí debe empezar a resonar la repetición continua del nombre de Cristo. Lo importante es que el que repita sea tu corazón y me refiero a que tu emoción lo llame y no tu deber, tu intelecto o la obligación que le has impuesto. El nombre del Señor ha de decirse con el corazón en la mano, con el dolor o la alegría que padeces.

Si cuando llegas al oratorio o te recoges te sientas buscando la oración incesante y adviertes que la sequedad es total, que no tienes devoción alguna, que te agobia el sueño o alguna otra apetencia; en fin, que no tienes el estado que quisieras tener para orar, en ese momento es cuando se hace más fácil la entrada en el corazón.

Porque al tomar conciencia de ese estado miserable en el que te encuentras, no negándolo ni queriendo elevarte tirando hacia arriba de tus propios cabellos, sino asumiendo la pena que te da el verte así, empiezas a

llamarlo. Desde allí, repite el Nombre, desde el dolor.

Sé humilde; debes aceptar que aunque el estado de ruido de tu mente y de apetencias corporales en que te hallas, no permite que percibas al Espíritu, sin embargo no dudes de que introduciéndose en ti, te va haciendo de nuevo en una verdadera *metanoia*. Esto es así aun cuando no lo notes. Muchos han sentido los beneficios de un solo golpe y otros poco a poco.

¿Cómo saber si está actuando en ti el Espíritu? ¿Repites el Nombre de Jesucristo cada vez que puedes o te acuerdas? Entonces no dudes, el Espíritu reza a tu través.

Si tu vida va haciéndose cada vez más sencilla, si cada vez necesitas menos cosas, entonces el Espíritu está actuando, aunque no percibas ninguna manifestación extraordinaria.

Me dices que vives esperando la luz del Tabor, la manifestación sorprendente, la luminosidad del Espíritu según has leído que les sucede

a algunos. Debes preguntarte: ¿Soy digno de esas gracias? Solamente quien sinceramente se considera indigno por la conciencia de su debilidad y mezquindad, estará en condiciones de recibirlas; pero ése, no las espera, porque no concibe que a él se le concedan; sólo espera la purificación, el perdón de las faltas. Espera quedar limpio.

Vivimos en la ignorancia de nosotros mismos. Por eso es muy útil quedarse quieto para poder vislumbrar el caótico mundo interno y darnos cuenta del estado en que nos hallamos. A muchos les causa tal horror el primer vistazo, que corren presurosos a embarcarse en alguna actividad extenuante para no tener tiempo de mirarse. Varios santos han dicho que cuando uno llega a conocerse a sí mismo, necesariamente se vuelve humilde.

Cuando uno ora en quietud llega a conocerse y al conocerse se espanta y al espantarse ruega redención y misericordia. Pero, ¿cómo conocerse?

Debes tratar de inmovilizar al cuerpo. Si verdaderamente lo intentas, verás el mundo interior que lucha para moverlo. Verás lo difícil que es mantenerlo quieto.

Primero porque aparecen innumerables escozores, dolores, molestias, pulsiones, deseos de acomodarse de otro modo... Después, cuando acostumbras al cuerpo a cierta posición y cuando acostumbrado a ignorar esas sensaciones permaneces quieto; surgirán ante tu vista los movimientos de la mente. Cantidades enormes de constantes tendencias deseosas, consideraciones, diálogos interiores, imágenes de todo tipo, recuerdos y demás desfilarán ante tu vista compensando la quietud del cuerpo con movimiento mental; pero, al igual que lo hiciste con lo físico, no debes ahora ceder a este movimiento mental, no sigas sus caminos. Ignora esas divagaciones y vuelve a la oración con mayor énfasis.

Repite el nombre o la oración que

hayas elegido y vuelve a su repetición cada vez que surja la tendencia de la mente por apartarse de ella. No te reproches ni te enojés ni te quejes, sólo vuelve al Nombre de Jesús.

Te pido que tengas en cuenta algo fundamental en esta lucha: no ganarás la batalla con tensión sino, al contrario, con entrega, abandono y distensión. Parece contradictorio pero no lo es. Debes mantener inmóvil al cuerpo o lo más inmóvil que puedas, pero si te has abandonado antes a la voluntad divina, te relajarás. Al decir: "Aquí estoy Señor, tú sabes lo que quiero intentar, ayúdame", te relajas, te entregas a la inmovilidad.

Lo más difícil es sostener la intención de permanecer en oración. A veces, me ha ayudado mirar fijamente los ojos del Señor en el ícono o la luz del sagrario.

La repetición continua del Nombre de Jesús, también llamada la Oración del Corazón, es el método que sugiero, porque es el camino que me ha servido para situarme en su Presencia.

Si tienes paciencia, llegará un momento en el que hasta dejarás de repetir el Nombre de Cristo, porque te sentirás junto a Él. Un nuevo estado, evidenciado por una inequívoca sensación de calma profunda a la vez que de fuerte vitalidad, se instalará en ti y ese modo de ser y de estar será uno con el Nombre de Jesús, que ni dirás ni dejarás de decir, porque en cierto modo tú y el nombre seréis lo mismo.

No quiero despedirme sin hacer mención a lo que me comentabas sobre tu abatimiento por esas calumnias sobre ti que han llegado a tus oídos. ¡Ignóralas! No seas eco de la futilidad ajena. No te opongas, ni aceptes, no digas nada sobre lo que no te incumbe. Porque no te incumbe lo que digan de ti, sino lo que vivas ante el Señor.

Tu abatimiento muestra que sitúas el contento en la imagen que tienen de ti y no en tu certeza de la vida eterna. Sigue construyendo como hasta ahora una iglesia en tu interior donde se canten perpetuas alabanzas. Ésa es tu

única y verdadera obra, todo lo demás,
distrae.

Me despido, sabedor de que pasarás
este mal trago, convencido de que la
misericordia de Dios te abarca como
nos abarca a todos y que el futuro nos
hallará juntos en su reino.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

LA ORACIÓN CONTINUA

Estimado Amigo:

Te contesto algunas preguntas que me haces llegar de esos tus hermanos, que tanto anhelan la oración continua y que se encuentran con dificultades.

Aquí es necesario poner en claro varios puntos que se aconsejan de diferente modo según el director espiritual de que se trate y según el libro que se lea.

Creo yo que la experiencia personal es decisiva para poder aconsejar a otros en este camino, aunque claro las personas somos diferentes y distinto nos actúa la gracia. Por eso antes que nada ponerse a orar, que con eso se va a progresar.

La repetición incesante de la oración con los labios, precisa de soledad y es

muy útil si uno puede acompañarla del sentimiento correspondiente.

Se observa al rato dos vertientes que discurren en la mente. El acto mental que sostiene la oración vocal y por el otro el acto mental divagatorio, fantasioso, distraído. Se encuentra uno con que a veces se va la atención hacia las fatuidades y a veces hacia la oración.

No hay que hacer luchar a una corriente con la otra, sino *deslizarse hacia el corazón*; esto es, conectarse a lo que digo a Dios más profundamente, centrarme en la intención que anida en mi oración.

Por eso cuando alguien dice el “Señor ten piedad” en realidad dice... Señor purifícame! y otro dice Señor perdóname! y otro Señor abrázame! y así muy variable según cada quién.

Esto no es problema. Es una situación inicial que se da en la oración. Se advierte una división en uno, diferentes voces. La voz de los labios, la de los diálogos de la mente y la voz

de la necesidad momentánea del alma, eso que pide uno en verdad cuando pide.

En este estadio, ir pasando de lo vocal a lo mental ayuda, interioriza. Porque puede fácilmente lo vocal ir por un lado y lo mental por otro, pero más difícilmente si la que “voca” es la mente. De este modo es como la fuerza de la imaginación se ve disminuida por la oración.

¿Y de qué sirve la oración vocal? Puede sacarnos de un estado de dispersión y concentrarnos, puede favorecer la creación en nosotros de un clima propicio. Hay gente que gusta mucho de la oración vocal y le sirve, pero requiere ciertas condiciones, por ejemplo que el lugar donde nos hallamos la permita.

Algunos aconsejan basarse en un número de repeticiones, como el staretz de nuestro peregrino ruso, con la finalidad de generar costumbre y facilitar luego el acceso a la oración del corazón. Es un muy buen método pero

complicado al principiante en la vida actual. Hay gente que lleva las cuentas con un rosario y hay otros que no cuentan las repeticiones.

El criterio debe ser lo que más ayuda a permanecer en oración. Cuando te pones con las cuentas, ¿te ayuda o te dificulta? Cada uno debe ir practicando y probando.

No olvidemos que lo que se busca es el continuo recuerdo de Dios y esto es vivir en la presencia resultando con ello un gozoso abandono.

Cuando vas de la celda a la capilla pasando por el claustro, ¿va El Señor contigo? ¿Dónde esperas encontrarlo, en los salmos? Porque está contigo cuando tomas el breviario, cuando te sientas, cuando trabajas, cuando duermes... La oración es un diálogo, un llamado mutuo, una búsqueda que en un mismo acto encuentra, porque llamar al Señor es ya haberlo encontrado.

Que es sino ese anhelo que tienes de Él?

Es Él mismo que llama.

Lo que debe acrecentarse es tu intención de ir hacia Dios. Esta intención, este tender interno es lo que debe fortalecerse. No quiero eso, no quiero aquello, ni esto otro, ni tampoco ese otro beneficio. Solo quiero encontrarte Señor y quedarme a vivir contigo.

No quiero encontrarte y perderte para volver a encontrarte y volver a perderte. Te quiero conmigo, ahora y siempre, tanto como el aliento o mi propia mirada.

Nuestra querida Iglesia católica y también nuestros hermanos de los patriarcados, a lo largo de la historia de la Salvación, han reseñado y practicado muchos métodos de oración. Caminos unos más bellos que otros, adecuados para cada idiosincrasia.

Y de cada oración plantada con raíz, el fruto de una Orden, un nuevo carisma, un modo de alabanza. Hay tanta belleza escondida en el proceso de surgimiento de cada Orden y en

cada monasterio, en cada ermita...

Hay situaciones complejas y difíciles aquí y allá, momentos de eclipse y surgimiento, pérdidas y crecimientos vocacionales; desvíos de la impronta original y reformas hacia el origen...pero no seamos periféricos...

La historia de la Iglesia y muy particularmente la historia monástica, es la historia de la búsqueda que el hombre ha hecho de Dios y el relato de cómo Dios ha ido al encuentro de los hombres. No veamos instituciones y coyunturas, descubramos el anhelo profundo del ser irredento que ha clamado la gracia por siglos. Veamos al Padre que llama a sus hijos perdidos en la espesura del monte.

Porque no puede hablarse de lo que no se ama, porque lo que no se ama no se conoce. No puede hablarse de la Iglesia desde fuera de ella.

Dile a ese amigo preocupado por los acontecimientos actuales que no se desaliente, que la Iglesia es un modo de estarse Dios en el mundo y que la

oración es un modo de estarnos nosotros en Dios.

Un día vino al mundo Cristo Salvador elevando nuestra condición caída y revelando el valor de la muerte y su sentido. Pero no olvidemos que está volviendo. Porque el redentor del mundo se aproxima nuevamente y cada vez está más cerca.

Porque aunque no podemos saber ni el día ni la hora, nuestros corazones sienten un amor creciente, tan nuevo y refrescado, que no puede sino corresponderse a la presencia del amado.

Diálogos sobre la Vida Espiritual

SAGRADA PRESENCIA

Vivir en el asombro y la reverencia.

No es cierto que lo que permite el asombro es la novedad. Puede uno asombrarse de ver algo pese a conocerlo mucho o a pesar de su repetición incesante. *El asombro es una actitud atencional*, un acto de conciencia, un darse cuenta de la propia pequeñez y de la inmensidad en la que nos hallamos sumidos y de la propia ignorancia. A través del asombro estamos ya a un paso de lo sagrado.

El reconocimiento de la propia ignorancia abre la puerta al sentimiento reverente, permite reconocer la sagrada presencia.

Observando un amanecer, hay quién se emociona y conmovido adora la inmensidad del suceso y existe quién ignorando la belleza que se le presenta

permanece indiferente.

Para instalarse en el sentimiento de reverencia ante lo existente y por lo tanto para percibir la divina presencia, es necesario liberarse del velo de las preocupaciones.

El apurado, está ocupado. Tiene quehaceres. Tiene muchos velos que le ocultan el sol. Lo ve pero no lo mira, no lo tiene en cuenta, porque está en realidad masticando sus afanes y preocupaciones que son en verdad siempre, el fruto de la apetencia.

Y no se trata de suspender toda actividad, que hasta a los eremitas nos es imposible, sino de suspender, de *eliminar el ansia que acompaña todos nuestros movimientos*. No es el desplazamiento del cuerpo lo que me aparta de la divina presencia, sino la ansiedad que acompaña esa acción. Y esta ansiedad deriva de mi posesión de algo allá, en el futuro, de estar deseando algo que no tengo y que creo que esa acción me va a dar.

Por eso te decía para ese nuevo

amigo que tienes, que pregunta; que le daría un pequeño método, un sendero hacia la reverencia que es lo que permite el vivir en la Presencia.

Cuando uno anda junto a Dios, cuando vivimos bajo su mirada, “asombrados” (1) por su inmensidad, estamos plenos y un suave gozo invade nuestros actos, percepciones y movimientos; allí, no hay nada que decir. Allí todo está resuelto porque confiamos en la Providencia y en que el devenir no será sino la expresión de Su voluntad y por lo tanto lo mejor para todos, incluidos nosotros mismos.

Cuando no estoy en ese estado de Ser, cuando camino solo, me doy cuenta que soy esclavo de la angustia o del tedio o de la preocupación o de esa “seriedad” tan poco seria. Así que este pequeño método empieza cuando uno se da cuenta de que *no está con Dios al lado* por decirlo así, simplemente y en confianza.

Es en este darme cuenta que no estoy como debo y como quiero estar, que no

estoy como he sido llamado a estar; es decir, en la plenitud de la gracia, gozoso en Su servicio; es ahí cuando debo detenerme un momento y preguntarme: ¿Qué estoy deseando? ¿Detrás de que me estoy apresurando? Apresurarse quiere decir bajo presión. ¿Qué me está presionando?

Enseguida sabremos de que se trata; esto o aquello. Una cuestión económica, afectiva, del futuro, lo que sea. Quizás solo eso que debo hacer más tarde y que no sé cómo resultará. Bueno. Ahí está el primer paso, la pregunta por el deseo y la respuesta.

El segundo paso es recordarse que uno quiere desear solo a Dios. No quiero otra cosa. Quiero al Señor conmigo, esto es la suma de todas las cosas. No quiero esto o aquello, quiero todos los bienes y los quiero para siempre, la ambición máxima: Dios.

No quiero la buena nota en el examen, ni aquel nuevo trabajo u objeto a comprarme o la aprobación y reconocimiento de aquella persona.

Quiero un bienestar total y permanente. El monje es en realidad alguien muy ambicioso. No se conforma con poco.

Pero, ¿qué relación tiene esto con lo anterior? Cuando yo quiero algo, lo que quiero en verdad es la sensación que ese algo me va a producir. Me imagino con eso logrado y me imagino en paz y contento. Lo que queremos todos, estar en paz y con alegría; vivir así vale la pena y nadie lo discute. Pero lo único que da la paz y la felicidad es la Presencia de Dios y no los objetos cualesquiera que sean.

Vivir en Tu casa Señor todos los días de mi vida. Eso es lo que hay que desear, a ese supremo anhelo deben someterse todos los otros; porque quién encuentra la divina Presencia lo ha encontrado todo. Entonces este segundo paso es un recordarse que uno lo que quiere es vivir en la Presencia del Señor y no “eso otro”.

El tercer paso es confiar en Su acción, en Su Providencia. No creerse que de

uno dependen las cosas, cualesquiera que sean y de lo que se trate. Siempre decimos “Si Dios quiere”. ¡Ese es el punto! Su voluntad nos rige y a ella debemos someternos y hacer en concordancia con ella.

Cuando uno vive en Su Presencia, siente por decirlo de alguna manera, lo que debe hacer en cada situación sin problema. Uno siente dentro del corazón *si lo que va a hacer apaga o enciende el sentimiento de Su Presencia*. No haré nada que me aparte de Su amor, del amor de Cristo. ¿Qué me apartará del amor de Cristo? Mi propia acción anhelante, ninguna otra cosa. Mis anhelos cuando no se centran en hacer Su voluntad. Por supuesto no es el amor de Cristo el que se aparta sino que nosotros dejamos de percibirlo, de sentirlo en nosotros. Nos tornamos opacos y Su luz no pasa a través nuestro.

Es sencillo; amar a Dios sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo y someter toda búsqueda, toda

acción y todo sentimiento y pensamiento a ello. Lo que debo hacer en cada situación concebible se puede saber a la luz de estos dos mandamientos del Señor. Someter todo a ello. ¿Quién va a ir a hacer tal cosa?, ¿qué le diré a aquella persona?, ¿cómo contestar a ese requerimiento?... que toda mi vida gire alrededor de ese único criterio.

La gente que vive en la ciudad y que tiene compromisos previos, tiene todo un tumulto de cosas que le presionan para andar ocupado en cuestiones. Pero la vida se irá tornando apacible y mansa si se someten todos los deseos al deseo de Su Presencia viva en uno y si se actúa guiado por los mandamientos y confiado a Su providencia.

El Señor ve más allá de lo que yo veo, por lo tanto, si actúo conforme a su mandato, que las cosas salgan como salgan, por algo será. Claro, por Su voluntad.

Dice alguien que está amargado. ¿Y porque? Y ...porque no puedo

comprarme aquello que ansío. Bueno. Lo que le amarga no es no poder comprarse eso, sino andar deseando cosas que no hay que desear.

Lo único que debemos desear es la Presencia del Señor y seguir sus mandatos. De ese modo la vida se encamina y uno viene a poseer luego lo necesario. Uno debe desear agradarLe. Uno debe querer consumir aquello a lo que Él nos destinó. Uno debe desear poder decir con el Apóstol: *No soy yo sino Cristo quien vive en mí.*

Entonces confiar en Él y actuar según su ley que es muy simple, la ley del amor. Pero en lo cotidiano, cuando estamos metidos en el ruido, no es fácil ponerse en esa actitud. Ponerse en Presencia. Una forma que he utilizado y que me sirvió mucho desde antes de venir a este tipo de vida ha sido esto que te decía de la reverencia.

Cuando me di cuenta que El Señor estaba en todas partes y que todo era asombroso, empecé a comportarme con mayor cuidado, como cuando pasa uno

ante el Santísimo en el templo. Con unción, con reverencia, no de cualquier manera. Uno reconoce allí, lo sagrado.

Empecé a trasladar ese sentimiento a cualquier momento y acción. Empecé a moverme secretamente en esa sintonía. No se trata de que uno se ponga a hacer genuflexiones en todas partes llamando la atención, sino que viva esa genuflexión interiormente, en secreto. Y empecé a lavarme las manos más lento, porque no era un lavado sino una limpieza, una purificación para mejor obrar y actuar. Y caminé más lento, porque si me apuraba perdía el sentimiento de sacralidad. Y tomaba los objetos con cuidado como se toma un cáliz y trataba a los demás con el respeto y diligencia con que se los trata en una iglesia.

Esto no es para nada nuevo, simplemente es la forma en que me acostumbré a vivir atento a la Presencia y muchos monjes lo enseñan con su propia particularidad en textos como La Filocalía. Esta es la síntesis del

método que le quería comentar a tu amigo.

Porque hay una particularidad muy interesante en esto: Si estoy en la sagrada Presencia, el moverme conforme a ello, cuidar los gestos y todo lo que hago, ayuda a mantenerme en ella. Pero si no estoy sintiendo “los pasos del Señor”, sino que estoy en esa mediocridad habitual, volcado fuera de mí, hacia las cosas y apetitos; el empezar poniendo la gestualidad hace que el sentimiento venga.

Te digo, que me ha pasado estando en oración, de experimentar esa sequedad, ese estar medio sin ganas, tironeado por el cuerpo hacia el sueño o hacia la comida o cualquier otra apetencia, y en ese momento empezar a comportarme como si estuviera bien viva en mí la Fe. Poner las manos en la posición de quien tiene fe, acomodar el cuerpo como lo acomodaría quién siente viva la Presencia de aquel a quién ora.

Para no alargar demasiado esta carta:

Si estoy sintiendo la Presencia, me muevo con reverencia para conservar protegido ese sentimiento y si no siento la Presencia, me muevo como si lo sintiera, para invocarla, para hacerla presente con el cuerpo, que eso luego llamará al sentimiento y al silencio de los pensamientos.

Actuar ante lo Sacro, sacralizar la vida, cada momento, esto nos unifica. Porque realmente vivo en la casa del Señor, rodeado de sus ornamentos, en medio de un templo muy grande poblado de infinitas luminarias. Vivir asombrados y permaneciendo reverentes ante el Supremo creador, inmersos en este maravilloso universo, rodeados de vidas múltiples, atravesados por los rayos invisibles de un Cristo que sigue resucitando cada día, en nuestro propio corazón.

Jesucristo se levanta del sepulcro de mi corazón, cada vez que me admiro y agradezco la existencia, cuando acepto sus misterios y esta pequeña ignorancia que soy; Jesucristo resucita

en mí y para todas las gentes nuevamente, cada vez que reconozco en el mundo su templo y en la vida y las cosas el desarrollo de una liturgia permanente.

Escucha como ya cantan de nuevo los pájaros, lo creas o no, están iniciando Vísperas.

(1) Asombrados: Bajo su sombra

Dios habla en la Soledad

Anexos sobre
LA ATENCIÓN

Diálogos sobre la Vida Espiritual

SOBRE LA ATENCIÓN I

*E*n muchos escritos de los Padres, sobre todo los vinculados a la espiritualidad del desierto, se habla de la atención. No termino de comprender bien a que se refieren. ¿Qué puede aportar sobre el tema?

Entiendo a la atención como la capacidad de dirigir los sentidos y la mente hacia un objeto en particular. Sea que aquello a lo que se atiende esté ubicado en el mundo o en el interior de uno mismo. El cuerpo viene a hacer las veces de divisorio. Puedo atender a algo que ocurre fuera de mi o del cuerpo para adentro, ya sea en un órgano específico o a un tema o imagen que anda por mi mente.

Veo a la atención como a una linterna, que puede estar encendida y además enfocarse hacia lugares precisos que uno quiere ver con claridad. El tema con la atención, es

que sea dirigida por la propia intención, para bien del alma y no manejada desde fuera según los estímulos “del mundo”; entendiendo por mundo no a lo natural, sino a los valores según los cuales se organiza actualmente la sociedad.

Importa que uno tenga claro el sentido de lo que hace o el objetivo según el cual se está movilizand o una actividad cualquiera y que mantenga ello con la atención, a fin de evitar el desvío de lo que se ha propuesto. Muchas veces se inicia algo con un propósito claro, motivado por tal o cual movimiento del espíritu y se termina muy lejos del ideal, precisamente por falta de manejo de la atención.

El barco sale del puerto con un mapa de ruta, pero se enfrentará a vientos, a corrientes diversas, múltiples obstáculos; pero el navegante tiene la brújula y varios indicadores que le van permitiendo corregir el rumbo cuando se hace necesario. Siempre tiene un ojo

en la brújula que le señala en norte.

La atención viene a ser, según mi experiencia, aquella aptitud que te permite observar. Pero esta atención puede ser movida por el objetivo que te has trazado o por lo que va sucediendo en continua variación. Es necesario ejercitarse en dirigir la atención.

¿Cómo puede hacerse eso, cómo adquirir ese tipo de atención?

Uno debe tener siempre una meta. Uno está en un camino de desarrollo espiritual, trabajando sobre uno mismo, para acercarse cada vez más al ideal de Cristo, a esa norma de vida que es la enseñanza evangélica. Pero el mensaje del Salvador es muy nutrido, uno debe concentrarse en dar el paso que le toca.

La meta puede ser trabajar en adquirir la mansedumbre por citar un ejemplo. En ir adquiriendo el hábito de no enojarse con quienes nos rodean que no nos complacen o en no fastidiarnos cuando las cosas no salen como deseamos. Cada quién puede irse

poniendo objetivos según lo que va necesitando. Pero es imprescindible tener un norte y que esa meta se pueda evaluar en lo cotidiano.

Entonces, al igual que el capitán de un barco, voy evaluando mis acciones según el grado de acercamiento o alejamiento de este recorrido espiritual trazado. Esto es sencillo de escuchar y puede parecer demasiado simple, pero es de mucha utilidad. Porque en general, uno va siendo llevado por lo que acontece y no es la norma que uno sea guiado por el llamado de la profundidad. Lo habitual es que queriendo ser manso, se termine el día fastidiado, o que habiéndose planteado tal lectura espiritual, se descubra uno mirando televisión. Esta ley de los miembros a la que aludía San Pablo en sus cartas nos domina más cuanto menos nos atendemos, cuanto más distraídos estamos. Por eso los Padres del desierto, enfatizaban mucho lo de atender a los pensamientos que surgían. Porque según lo que se piensa

las emociones que se viven y según estas las conductas que se adoptan. Desde la interioridad del alma se puede ir hacia “el mundo” para mejorarlo, pero no que “el mundo” nos invada y nos asimile haciéndonos semejantes a él.

¿Qué propone en lo práctico para aplicar en mi vida diaria?

Que vivas para algo. Esto es que te propongas metas claras. Si es posible que evalúes semanalmente o incluso diariamente en un momento breve destinado a ello, la marcha de tu propósito.

De este modo puedes ir corrigiendo los desvíos y sobre todo, advirtiéndote cómo es que “los estímulos” van cambiando la dirección de tus pasos, llevándote lejos de lo que quiere tu corazón.

Recuerda que estos estímulos pueden venir desde fuera o desde tu propio cuerpo y mente. Entonces volver a lo propuesto, retomar el rumbo una y otra vez, no hay otro modo de llegar a

destino que no sea dirigiéndose a él. La atención es la herramienta que permite sumarse a la gracia, que siempre está pero que pocas veces aprovechamos.

A falta de un padre espiritual, es muy necesario que al menos cuentes con alguna amistad espiritual, un espejo en el cual mirarte para no estar solo en esto de medir tus progresos. Compartir con alguien es fundamental y aprovechar estos medios tecnológicos que nos acercan pese a las distancias físicas.

SOBRE LA ATENCIÓN II

Estimado hermano, ¿qué es la atención?

En términos más o menos actuales, es la facultad de dirigir nuestros sentidos - externos o internos - hacia algún objeto de conciencia. Sin embargo, no sé si esto te aclara demasiado.

Digo objeto de conciencia, porque en nosotros hay algo que "se da cuenta" y a eso en general, le llamamos conciencia. No solo en cuanto "*voz de la conciencia*" que por supuesto es uno de los modos en los que se manifiesta; sino también como - *estructura interior del advertir* -.

Pero como es un tema algo complicado, que requiere precisamente de nuestra atención, debemos avanzar despacio.

Existe un tipo de atención puramente

reactiva: Estás sentado tranquilo leyendo y de pronto se escucha un ruido fuerte, una detonación en la calle y sin mediar voluntad de tu parte, por acto reflejo, giramos la cabeza sobresaltados y pegamos un salto o vamos rápidamente hacia la ventana para ver cuál ha sido la causa del estampido.

Esto ha sido efectuado "*sin conciencia*" podríamos decir, ha sido algo no elegido, funcionó automáticamente. Esto es muy útil por ejemplo como mecanismo para preservar la vida. Ante cosas posiblemente amenazantes, se desencadena una reacción inmediata.

Existe también otro tipo de atención, a la que psicólogos y estudiosos han llamado "*respuesta diferida*" o "*reacción reflexiva*" y con otros nombres. Se trata de los casos en los que *-merced a un acto de atención hacia nosotros mismos, hacia nuestras propias reacciones -* diferimos, hacemos más lenta la respuesta que daremos a lo que sucede.

Es el tipo de atención necesario para seguir las enseñanzas que da Cristo y que transmiten los evangelios.

Cuando El Señor dice: *“Al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, déjale también el manto”* (Mateo 5, 40) por tomar solo un caso de las enseñanzas de los capítulos 5, 6 y 7 que figuran en el evangelio de Mateo; si queremos escucharle y seguir Su mensaje, necesitamos atender a nuestra reacción natural, instintiva, que sería la de la posesión y, difiriendo la respuesta automática, efectuar un acto de caridad.

Igual que cuando se dice *“no opongáis resistencia al malvado”* (Mateo 5, 39) u otras similares. Para no devolver la agresión con otra agresión es imprescindible un *tipo de atención vigilante hacia sí mismo, que permita tomar una distancia y dirigir nuestra propia conducta.*

En Filocalía, la atención es entendida por muchos de los padres, como la herramienta necesaria para poder

actuar evangélicamente. ¿Cómo encauzar las pasiones en dirección del crecimiento espiritual? ¿Cómo ir desterrando el egoísmo, la violencia, la cruda soberbia hacia la que tendemos apenas crecidos?

Podemos construir una ascética de la atención, que nos permita ser guardianes de nosotros mismos, hacernos dueños de *"nuestra ciudadela"*. Ya sabemos que *"si El Señor no guarda la ciudad en vano vigilan los centinelas"* (Salmo 127, 1) pero es necesario que alguien vigile la ciudad, no podemos dejar todo en manos de la gracia divina, que por otra parte, tiende a manifestarse cuando encuentra a la humildad unida a una fuerte resolución del ánimo.

SOBRE LA ATENCIÓN III

A sí es que tenemos la atención refleja, instantánea, esa reacción que se desencadena casi sin conciencia de nuestra parte, por lo general ante estímulos sorprendivos que nos inquietan.

Es un tipo de atención que funciona por requerimientos. Si nos llaman y mencionan nuestro nombre, nosotros giramos la cabeza para ver quién nos llama. Se ha requerido nuestra atención.

Si nos agreden, nos violentamos, si nos insultan nos ofendemos, si nos quieren quitar algo luchamos por retenerlo y por el contrario, si nos halagan nos contentamos.

Este ir y venir de los estados de ánimo y de las situaciones que por lo general suceden en nuestras vidas, son fruto de este tipo de atención reactiva,

que reacciona a los que va sucediendo.

Es una atención muy útil para ciertas necesidades vitales, pero no muy práctica para encauzar el crecimiento de la oración y de la vida espiritual.

Para esto hace falta un tipo de atención más reflexiva, una atención dirigida hacia nosotros mismos, que nos permita elegir la conducta, es en cierto modo, adquirir la capacidad de manejar nuestro propio comportamiento.

Por lo general creemos que decidimos, que tomamos decisiones y manejamos nuestros movimientos, pero si examinamos con atención nuestro cotidiano, empezamos a darnos cuenta de que la mayoría de las cosas nos van sucediendo, ocurriendo debido a aconteceres diversos y que nosotros simplemente vamos - reaccionando- de aquí para allá.

De allí, en parte, que verifiquemos tantos cambios en el estado del ánimo y que lo que una semana fue fervor y gusto por la oración a la semana

siguiente resulte en desesperanza o tristeza o sensaciones por el estilo.

La segunda forma de atender a la que hacemos referencia; este modo según el cual diferimos la respuesta que damos a los sucesos, tomándonos una distancia que nos permita reflexionar y decidir lo que haremos, es muy beneficiosa.

Porque es allí, en ese espacio de tiempo que me tomo antes de actuar, cuando se amplían mis opciones y puedo ejercer cierta libertad de elegir. Es allí cuando podemos recordar el mensaje de Cristo, los evangelios y entonces esforzarnos por obrar con coherencia.

A uno vienen y lo insultan, y peor si es injustamente, lo común es que se reaccione con indignación. Parece no haber tiempo para nada. Uno devuelve el insulto. Y, también es habitual, esto termina en entredicho, en disputa acalorada, se desencadena mayor malestar.

En cambio si uno está “en sí mismo”,

(no fuera de sí mismo) *–ejercitando este segundo tipo de atención–* uno se dará cuenta no solo del insulto sino también de la reacción indignada que quiere brotar en nuestro interior.

Entonces nos vendrá el recuerdo de aquello que nos habíamos propuesto como meta de nuestra vida espiritual – *seguir a Cristo, imitarle, actuar como su discípulos* – y por lo tanto, refrenaremos nuestra ira y buscaremos en nuestro interior la mansedumbre; recordaremos que lo importante es elevarnos hacia Dios, que amar a nuestro prójimo y perdonarle es una forma de amar a Dios y tendremos espacio para comprender y para aceptar el insulto, para dejar que pase de largo y que atraviese la transparencia de nuestra conciencia...

Dios habla en la Soledad

Fin

hesiquiainfo@gmail.com

Diálogos sobre la Vida Espiritual

Dios habla en la Soledad